

Humanidades
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

EDMUNDO O'GORMAN
una voz de la historia

ARGELIA DEL CARMEN MONTES VILLALPANDO
MIGUEL ÁNGEL FLORES GUTIÉRREZ
Coordinadores

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

M. en C. Eduardo Gasca Pliego
Rector

M. A. E. Georgina María Arredondo Ayala
Secretaria de Difusión Cultural

M. en C. E. María Isabel Rojas Ortiz
Directora de Divulgación Cultural



"2010, Año del Bicentenario de la Independencia Nacional
y Centenario de la Revolución Mexicana"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
PREFACIO	15
Amigo y maestro, Don Edmundo O'Gorman <i>Josefina Zoraida Vázquez</i>	19
Pensar la historia <i>Eugenia Meyer</i>	35
Edmundo O'Gorman en la Universidad Iberoamericana y en el Estado de México (1971-1995) <i>María Cristina Torales Pacheco</i>	49
Las meditaciones de Don Edmundo O'Gorman en torno al sentido de la revolución de Ayutla <i>Antonia Pi-Suñer Llorens</i>	71
Algunas ideas de O'Gorman en torno al conocimiento histórico <i>Jaime Collazo Odriozola</i>	85

PRESENTACIÓN

*...una historia sin la mortaja del esencialismo
y liberada de la camisa de fuerza de una
supuestamente necesaria causalidad:
una historia sólo inteligible con el
curso de la luz de la imaginación..*

Edmundo O'Gorman

Edmundo O'Gorman es uno de los historiadores mexicanos más representativos del siglo XX. En el ámbito profesional se distinguió, en primer lugar, como abogado egresado de la Escuela Libre de Derecho, donde se graduó en 1928; posteriormente obtuvo la Maestría en Filosofía en 1948 y el Doctorado en Historia en 1951, ambos grados en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Sería posible considerar que su vocación como historiador surgió cuando laboró en el Archivo General de la Nación, la cual se afianzó, aún más, al formar parte del claustro académico del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM; asimismo, al ejercer la docencia, por más de medio siglo, en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad, y por más de veinte años en la Universidad Iberoamericana (UIA).

En su obra se reconoce el arduo trabajo en la búsqueda de fuentes, así como su polémica, erudita y esclarecedora, la cual resultaba innovadora para la época. Así también, en su concepción de la historia de México y de la identidad nacional, sin dejar de lado los planteamientos realizados en torno a la historia de las ideas, analizadas profundamente. La visión histórica de O'Gorman es considerada un paradigma para los historiadores latinoamericanos, y especialmente para los mexicanos.

En 2006 se cumplió un centenario de su nacimiento, razón por la cual se iniciaron homenajes académicos, donde se reunieron sus discípulos más cercanos, así como catedráticos e investigadores influenciados por el carácter intelectual de su presencia y obra.

Entre los más conocidos están: *100 años. Edmundo O’Gorman. El maestro y su legado* (Fomento Cultural Banamex, UNAM, UIA); *Por los territorios de la historiografía. Homenaje a Edmundo O’Gorman en el centenario de su nacimiento* (Universidad Autónoma Metropolitana); *Edmundo O’Gorman. Historiador, académico y maestro* (Academia Mexicana de la Historia, El Colegio de México, UNAM, Fomento Cultural Banamex, Comité Mexicano de Ciencias Históricas); y *Jornada de homenaje a Edmundo O’Gorman en el centenario de su nacimiento* (Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro Estado de México, y Universidad Autónoma del Estado de México).

En esta última se reunieron amigos y estudiosos de O’Gorman para compartir reflexiones, reconocer la vigencia de su pensamiento, así como para refrendar el interés por la profesionalización y renovación del oficio de historiar. De la mencionada Jornada se desprende la presente obra de homenaje, en la que participaron:

Josefina Zoraida Vázquez, Doctora en Historia. Hizo sus estudios en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad de Harvard; investigadora de El Colegio de México, en donde ha sido distinguida con el nombramiento de Profesora Emérita; Investigadora Nacional de Excelencia del Sistema Nacional de Investigadores; ha sido Presidenta del Comité Mexicano de Ciencias Históricas; obtuvo el Premio Andrés Bello que otorga la OEA en 1991 y el Premio Nacional de Ciencias y Artes en 1999. Entre sus obras destacan: *Nacionalismo y educación en México*; *Historia de la historiografía*; *México frente a Estados Unidos*; *La fundación del Estado Mexicano*; *Una historia de México*; *México y el Mundo. Historia de sus relaciones exteriores, vol. I y II*; *La enseñanza de la historia*; *La intervención norteamericana en México, 1846-1848*; *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos*; *Tratados de México, 1821-1910*; *El establecimiento del federalismo en México, 1812-1827*; y *El nacimiento de las naciones iberoamericanas*.

La doctora Vázquez presentó el trabajo “Amigo y maestro, don Edmundo O’Gorman”, en el que destacó el quehacer histórico, el compromiso académico y las aportaciones a la historiografía mexicana que su maestro realizó.

Eugenia Meyer, Doctora en Historia. Realizó sus estudios en la Universidad Nacional Autónoma de México; profesora e investigadora en el Colegio de Historia y en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha sido investigadora en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Directora General del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y titular de la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Es Consejera vitalicia de la Crónica de la Ciudad de México; integrante del Sistema Nacional de Investigadores, nivel III y de la Academia Mexicana de Ciencias. En 1997 recibió la beca Guggenheim y en el mismo año se le otorgó la cátedra Tinker de la Universidad de Chicago. En 1998 fue distinguida con el Premio Universidad Nacional en docencia en humanidades. Editora de las *Obras completas* de Luis Cabrera y de Jesús Reyes Heróles. Asimismo, entre sus obras más destacadas están: *Conciencia histórica norteamericana sobre la Revolución de 1910*; *Huerta y la Revolución Mexicana*; *Labor educativa de la SEP 1921-1993*, (coord.); *Testimonios para la historia del cine mexicano* (coord.); *Revolución e historia en la obra de Luis Cabrera*; *Raoul Fournier, médico humanista*; *Jesús Reyes Heróles. Los caminos de la historia*; *Luis Cabrera. Pensamiento y acción*, en colaboración con Eva Salgado; *Un refugio en la memoria. La experiencia de los exilios latinoamericanos en México*; *John Kenneth Turner, periodista de México*; y *Los tiempos mexicanos de Max Aub*.

La cátedra de la doctora Meyer, “Pensar la Historia”, está centrada en una serie de reflexiones acerca de la vida y obra de su maestro y amigo: Edmundo O’Gorman.

María Cristina Torales Pacheco, Doctora en Historia. Desarrolló sus estudios profesionales en la Universidad Iberoamericana, en donde actualmente se desempeña como profesora-investigadora. Realizó también los estudios de Especialización en Archivos Históricos en National Archives, Washington, D. C., y de Doctorado en Historia en la Universidad de Leiden, Holanda. Las principales áreas de investigación que trabaja

son sobre la historia de la ciudad de México, siglos XVI-XVIII, e historia de las elites novohispanas. Entre sus obras publicadas están “La definición de una cultura”, tomo 3, de *México y su Historia; Ilustrados en la Nueva España: los socios de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País; y Tierra de indios, tierras de españoles*

La doctora Torales participó con “Edmundo O’Gorman en la Universidad Iberoamericana y en el Estado de México (1971-1995)”, donde refiere los últimos años académicos de O’Gorman: como historiador, maestro e intelectual consagrado en México.

Antonia Pi-Suñer Llorens, Doctora en Historia. Realizó sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, de la cual es profesora. Es integrante del Sistema Nacional de Investigadores y de la Academia Mexicana de Ciencias. Especialista en historia de las relaciones diplomáticas entre México y España en el siglo XIX, así como en historia de la historiografía mexicana en el mismo siglo. Autora y coautora de varios libros, entre ellos *La deuda española en México. Diplomacia y política en torno a un problema financiero. 1821-1890; Una historia de encuentros y desencuentros: México y España en el siglo XIX; El general Prim y la cuestión de México; y México y España durante la República Restaurada*. Ha dirigido varios seminarios de investigación, producto de los cuales ha surgido la coordinación de los siguientes libros: *José María Iglesias, el estudio de la historia; México en el Diccionario Universal de Historia y de Geografía* (cinco volúmenes); y el ericanos. Rtomo IV de *Historiografía mexicana: en busca de un discurso integrador de la Nación. 1848-1884*.

La doctora Pi-Suñer dictó la cátedra “Las meditaciones de don Edmundo O’Gorman en torno al sentido de la revolución de Ayutla”, en la cual dio una visión panorámica de su maestro; asimismo, planteó una serie de consideraciones acerca de lo que significó esta revolución en el devenir histórico de México.

Jaime Collazo Odriozola, Doctor en Estudios Latinoamericanos Realizó sus estudios doctorales en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México, lugar en donde se desempeña como profesor-investigador. Como

docente se ha especializado en cursos de teoría de la historia y de historia universal. Ha publicado *El desarrollo del capitalismo industrial y su expansión* (antología), dos tomos; *La naturaleza del conocimiento histórico*; y *Teoría de la historia*.

El doctor Collazo participó en el homenaje a O’Gorman con el trabajo “Algunas ideas de O’Gorman en torno al conocimiento histórico”. En él analiza *La invención de América*, una de las obras fundamentales de la historiografía latinoamericana, cuyo autor es Edmundo O’Gorman.

Ángeles Ma. del Rosario Pérez Bernal, Maestra en Estudios Latinoamericanos. Efectuó sus estudios en la Universidad Autónoma del Estado de México, en donde labora como profesora-investigadora; candidata a Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Ha sido conductora y guionista en el programa radiofónico *Labor comunitaria*, del Consejo Nacional de Fomento Educativo, y del programa televisivo *Espejos. Vamos a mirarnos*, del Instituto Mexiquense de Cultura. Actualmente es Directora de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México (periodo 2006-2010) y Presidenta de la Red Nacional de Escuelas y Facultades de Filosofía, Letras y Humanidades (periodo 2006-2008). Entre sus publicaciones destaca el libro *Borges y los arquetipos*, y artículos en las revistas *Escritos*, *Ciencia ergo sum* y *La colmena*.

En el prefacio de la presente obra, la maestra Pérez Bernal refiere la vigencia del pensamiento de Edmundo O’Gorman.

Es importante señalar que uno de los objetivos del texto es motivar a los futuros historiadores a conocer el legado de Edmundo O’Gorman a la historiografía, y a quienes ya lo han abordado, invitarlos a seguir reflexionando acerca de sus planteamientos en torno al sentido de la historia, entre otros aspectos de su obra.

Finalmente, queremos agradecer a las instituciones que hicieron posible la participación de los académicos señalados: El Colegio de México, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Iberoamericana, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, a través del Centro INAH Estado de México, y la Universidad

Autónoma del Estado de México por conducto de la Secretaría de Difusión Cultural y la
Facultad de Humanidades.

Los coordinadores

Argelia del C. Montes V.

Miguel Ángel Flores G.

PREFACIO

Ángeles Ma. del Rosario Pérez Bernal

Directora de la Facultad de Humanidades.

Universidad Autónoma del Estado de México

Edmundo O' Gorman nació en la ciudad de México el 24 de noviembre de 1906 y murió el 28 de septiembre de 1995. Fue abogado por la Escuela Libre de Derecho, maestro en Filosofía y doctor en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México, donde luego se desempeñó como profesor e investigador en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Instituto de Investigaciones Históricas, respectivamente. Su gran aportación al modo de historiar en México consistió en el vehemente rechazo que manifestó hacia la historiografía positivista, que reducía la historia a un mero recuento de datos.

“Los temas deben de nacer del hígado”, señalaba, al tiempo que proponía, ante los inertes materiales históricos, la necesidad de encender esa chispa, ese espíritu que los animara mediante la hipótesis imaginativa. Como seguidor de Dilthey, de Ortega y Gasset, de Heidegger y de Gaos, O'Gorman privilegió la significación en el relato histórico, ya que mostrar el significado de un proceso histórico es lo que justifica un trabajo de investigación. Esta actitud responde a la postura vital de aprehender los problemas planteados por la vida misma mediante las herramientas de la imaginación y la invención.

Debo confesar que como estudiosa de las letras, esta postura me parece admirable en un historiador, dado que coincide en muchos puntos con las propuestas más novedosas de la crítica literaria, para la cual el texto es un productor de significados que dan cuenta de las inquietudes del espíritu humano de la época. El crítico literario ofrece, sobre ese texto, *una* visión, no la única ni la más acabada.

En concordancia, para O' Gorman, el historiador debe brindar un enfoque de la historia libre de la mortaja del esencialismo y redimida de la camisa de fuerza de la supuestamente necesaria causalidad; una historia que sea espejo de la mudanzas en la manera de ser del hombre, que refleje "la impronta de su libre albedrío para que en el foco de la comprensión del pasado no se opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete del destino inexorable".

La *responsabilidad* es otro postulado importante en el modo de historiar de O'Gorman. Al no existir una instancia extrahumana causante de lo que acontece en la historia, el ser humano debe asumir su vida como responsabilidad permanente. Así, la utilidad del conocimiento histórico reside en la asunción de una actitud ética ante la vida. Esto lo demuestra en su libro *México el trauma de su historia*, en el que, en el decir de Krauze, don Edmundo ha escrito más que una historia, un juicio sobre la historia que aún es vigente.

Para O'Gorman, la querrela del siglo XIX fue absurda por la pérdida de vidas, de energía y tiempo. Los liberales confundieron el gozo romántico con la construcción nacional, en tanto que los conservadores se aferraron con obstinación al vientre colonial; ambos fueron incapaces de ver sin anteojeras ideológicas, su circunstancia; raras veces fue adulta su relación con el mundo; el papel de víctimas los hizo magnificar verdugos e inventarse un tesoro espiritual casi inexistente. La corrupción, el paternalismo, la fanfarronería, la ineficacia, la inconsistencia, la pasividad, la irresponsabilidad, la torpeza y hasta la mala suerte paralizan ahora todo intento generoso de mejorar.

Esta apreciación, como se podrán advertir, cobra una enorme actualidad para nuestra circunstancia política actual, en la que los actores del siglo XIX parecen ser los mismos, con nombres diferentes. A este respecto, algún pensador alemán diría que la historia se repite, primero como tragedia y luego como farsa. Aún cuando parece ser el turno de la farsa, queda alguna esperanza. Para Aristóteles, la farsa es positiva para el

alma porque genera un distanciamiento que permite al espectador reconocerse en su propia vileza y corregirla.

El oficio de historiar nos colocaría entonces frente al espejo de nuestros errores y debilidades y lograría —ojala— que tomemos la conciencia necesaria para enmendarlas. Por todo esto, volver al pensamiento de O' Gorman es necesario, justo y encomiable.

AMIGO Y MAESTRO, DON EDMUNDO O'GORMAN

Josefina Zoraida Vázquez

El Colegio de México

Don Edmundo O'Gorman y O'Gorman nació hace cien años, el 24 de noviembre de 1906, en el barrio de Coyoacán, en el seno de una familia de origen irlandés que había unido dos ramas de la misma; su madre, descendiente del primer cónsul británico, Charles O'Gorman, y el ingeniero de minas Cecil Crawford O'Gorman, quien había arribado a tierras mexicanas cerca del nuevo siglo. Don Cecil, excelente pintor y gran aficionado a la cultura, gustaba reunir escritores, músicos y artistas en su casa, así que rodeó a su familia de un ambiente propicio para las distinguidas carreras de sus hijos formados con esmero: Juan y Edmundo. Después de una cuidada educación, Juan se encaminó hacia la arquitectura y la pintura, mientras Edmundo lo hizo hacia la carrera de abogado en la Escuela Libre de Derecho. Edmundo, una vez graduado, en 1928, exitosamente ejerció la profesión durante una década. Pero su vocación lo inclinaba a las letras, el arte y la historia, y con su entrañable amigo de toda la vida, Justino Fernández, como contaba con coche, emprendía excursiones para visitar ruinas prehispánicas y monumentos virreinales por toda la república. Fascinados con la vida virreinal, intentaron incluso compenetrarse de ella y experimentaron una estancia en las celdas del convento de Acolman. También compraron una imprenta manual que aprendieron a usar y fundaron la editorial "Alcancía", cuyos impresos hoy son verdaderas joyas bibliográficas.

La historia había empezado a profesionalizarse hacía apenas una década, coincidiendo casi con el inicio de la carrera de don Edmundo O'Gorman, que ejerció la abogacía, hasta 1938. Él nos contaba cómo un buen día se dio cuenta de cuánto le

aburría ejercerla y sin pensarlo más, cerró su bufete, dio los expedientes a sus clientes y se entregó de lleno a la historia.

Por esos años empezaban a llegar los intelectuales españoles refugiados que inyectarían nueva savia a la vida cultural mexicana. Éstos empezaron a publicar obras clásicas de historia, filosofía, antropología y otras ramas del conocimiento, empresa en la que don Edmundo colaboraría con algunas excelentes traducciones. También se crearon el Instituto de Antropología e Historia, el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y los Institutos de Investigaciones Históricas y Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México. No obstante, la historiografía mexicana todavía estaba enferma de extremismos maniqueos que enfrentaba a indigenistas e hispanistas, negando cada uno parte del pasado y se emborrachaba con el encuentro de los restos de Cortés y de Cuauhtémoc. Los historiadores seguían convencidos de la posibilidad humana de llegar a la “verdad objetiva” a base de documentos, rindiendo culto al documento inédito, sin darse cuenta de que sin una interpretación, carecía de sentido.

Don Edmundo era un aficionado a la historia desde sus años mozos y había publicado varios ensayos y un libro que sigue editándose por su gran utilidad, la *Breve historia de las divisiones territoriales. Aportación a la historia de la geografía en México*¹, de manera que cuando finalmente se incorporó a la vida menos brillante de historiador se inscribió a la maestría de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, al tiempo que empezó a enseñar en los cursos de verano de la Universidad. En el mezquino contexto existente, su rebeldía natural hizo que se sintiera más a gusto en el medio de los filósofos que en el de los historiadores, a los que no tardó en enfrentarse, además de sacudirlos con impertinentes preguntas fundamentales sobre el sentido de la historia, el oficio del

¹ El trabajo apareció primero en *Trabajos jurídicos de homenaje a la Escuela Libre de Derecho. XXV aniversario*, en 1937 y después ha tenido numerosas ediciones en la colección Sepan Cuantos de Porrúa.

historiador y la naturaleza del conocimiento histórico. Su empeño por trascender la superficie de los hechos, explicar sus contradicciones y sacar a flote los hilos profundos que regían los acontecimientos, lo convirtieron en verdadero *enfant terrible* de la historia mexicana, que al mismo tiempo contribuyó a abrir nuevas brechas en el pensamiento histórico. La huella que dejó hizo que sus obras se convirtieran en verdadero parteaguas de la historiografía mexicana, tanto que podemos hablar de un antes y después de O'Gorman, hecho que hoy es difícil de aquilatar para aquéllos que no vivieron la lenta transformación de la historia en México. La miopía del medio de los historiadores científicos o naturalistas, como solía llamarlos don Juan Ortega y Medina, lo convirtieron en blanco de ataques violentos por unas dos décadas, misma que se extendió a los que fuimos sus discípulos tempranos que tuvimos que defenderlo y defendernos. Tengo la certeza de que sus ideas heterodoxas y el no escribir libros tradicionales (Aguilar 2001: 104), junto a su personalidad orgullosa y crítica y su gran capacidad polemista, despertaron terror en el gremio. Carentes de argumentos, sus enemigos lo acusaron de ser un simple filósofo que discurría el pasado en forma abstracta y sin documentos, a pesar de sus largos años de subdirector del Archivo General de la Nación y sus enjundiosas contribuciones a su *Boletín*.

O'Gorman era lector atento de Ortega y Gasset desde muy temprano, y se había convertido al historicismo que el español predicaba: el hombre no tiene naturaleza... tiene historia. Estaba preparado para que, al entrar a la Facultad de Filosofía, recibiera el impacto del seminario de don José Gaos y la lectura de Martín Heidegger, experiencias que iban a redondear sus inquietudes y serían instrumentos útiles para emprender la tarea que consideró fundamental en su vida: perseguir el proceso de constitución del concepto de América en el seno de la cultura occidental, que develaría en el largo tramo que va de la publicación de *Fundamentos de historia de América* (1942) y *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*

(1947), a *La idea del descubrimiento de América* (1953) y su corolario en *La invención de América* (1958).

Desde luego otras tareas, introducciones a obras clásicas de la historiografía mexicana o colaboraciones en obras conmemorativas, lo llevaron a ocuparse del pasado mexicano en muchos artículos. Dos de sus ensayos son especialmente iluminadores, *La supervivencia política novohispana* y *México, el trauma de su historia*. En ellos, don Edmundo rechazaba la visión esencialista de un México existente desde el principio de los tiempos, asunto que no sólo iba contra el sentido común, pues resulta obvio que es su pasado el que lo había constituido. Ante el panorama triste de los que renegaban de una parte de su pasado, creyó imprescindible insistir en que “México, como nación independiente, emerge de la Nueva España, al igual que ésta aparece en la escena histórica...en el antiguo Anáhuac, “tres entidades históricas distintas de nuestro pasado, [que] están estrechamente vinculadas” (O’Gorman 1969: 7).

De sus 89 años de vida, tuve contacto cercano con don Edmundo O’Gorman por casi 45 años, y el recuerdo de esos años están ligados al largo proceso que va de ser una alumna más que se atrevió a hacer la tesis bajo su dirección, pasar a ser ayudante y sustituta, para convertirme, después, en amiga y colega. Tantos años conllevaron cambios gigantescos en el país y la Universidad. Debo recordar que cuando fui su alumna, al principio de la década de 1950, el país tenía apenas 26 y medio millones de habitantes y la ciudad de México empezaba a rebasar los dos millones. Debe ser difícil imaginar para quienes no lo vivieron, lo tranquila que era la ciudad entonces que se preciaba todavía de ser la región más transparente. En las caminatas por cualquier rumbo, podíamos ver los cerros y los volcanes a su alrededor, prácticamente todos los días. La Universidad estaba diseminada por el centro de la ciudad y la Facultad de Filosofía, instalada en la vieja casona de Mascarones, elegante y austera, en el centro de su patio principal lo presidía la

estatua de don Alonso de la Veracruz, lugar de encuentro de estudiantes y maestros. El pequeño café que atendían dos solteronas tiesas y corteses, abrigaba concienzudas conversaciones alrededor de temas del día, las obras en el teatro de Bellas Artes, los conciertos de Celibidache, los nuevos libros y los peligros de la bomba atómica. Era un mundo tan diferente, que es difícil describirlo. Las calles eran transitadas por camiones, tranvías y escasos autos que sorteaban pocos semáforos, tanto que con excepción de contados maestros, como don Edmundo que llegaban en coche, los demás bajaban de algún tranvía como los estudiantes, hasta el elegante Pablo Martínez del Río, con sus polainas y su bastón.

El país y la vida académica eran de tono menor, con ambiciones materiales mínimas, ya que las humanidades prometían todo, menos prosperidad. La ciudad era limpia, no sufría plantones, ni *jet set* intelectual ni proyectos monumentales, aunque se había iniciado la construcción de la Ciudad Universitaria inaugurada unos años más tarde, en un sur prácticamente despoblado. La vida era como la universidad y la facultad, más humana y materialmente menos ambiciosa, aunque con las pasiones a flor de piel.

Aunque yo era lectora insaciable de novelas, en especial históricas, y también leía biografías, ensayos y libros de historia, como los "tomotes" de Will Durand, que publicaba en español Editorial Sudamericana, y estaba fascinada con griegos, egipcios, romanos, los tiempos medievales y los de la conquista de América y la figura de Carlos V y Napoleón, mi inclinación seguían siendo las ciencias duras. Mi padre que disfrutaba de la literatura, la historia, la filosofía y la música me había lavado el cerebro para que siguiera la carrera de Historia Universal, de manera que aterricé en Mascarones una tarde a principios de febrero de 1950, para iniciar mis cursos de historia, geografía y arte con excelentes maestros, tanto mexicanos como transterrados españoles. Me sentía extraña, ya que mis amigos se habían inscrito en la carrera de Derecho y el ambiente de Mascarones era totalmente diferente al de la Prepa Uno, que tanto había disfrutado.

Fue hasta mi segundo año de la carrera, en 1951, cuando conocí a don Edmundo O'Gorman, por entonces en una espléndida madurez. Su curso de Historia de la Historiografía era famoso, pero aparecía entre las materias optativas y los coordinadores de la carrera de Historia, trataban de disuadirnos para cambiarla por alguna otra. En mi caso, eso sirvió sólo de acicate para insistir en inscribirme, a pesar de que su fama de exigente y el mote de monstruo, me despertaban cierto temor, mismo que se esfumó en el primer día de clase. Su imponente y cautivadora personalidad fascinaba desde el primer momento. Su elegancia y su voz modulada crecían en la cátedra, pues había desarrollado una serie de recursos que lo convertían en verdadero actor. Seguramente eso animaba a un grupo de señoras de sociedad y de la vida cultural de México, como Pita Amor, a invadir nuestro salón de clase.

Don Edmundo analizaba el pensamiento historiográfico desde la antigüedad clásica hasta principios del siglo XX. Apenas aparecía, el salón de clase enmudecía ante su voz y el hilo de su relato. Al llegar al punto cumbre de una explicación, con deliberado intento, empezaba a buscar lentamente su cajetilla de cigarrillos y encendía uno, mientras sus oyentes sostenían prácticamente la respiración. Su maestría para analizar el pensamiento de cada historiador era tal, que cada clase nos convencía de que el analizado ese día era el más genial. Sólo después de llevar varias veces el curso, me percaté que sus clases más brillantes eran las dedicadas a Tucídides, San Agustín y Hegel. Creo que por entonces todavía abrigaba grandes dudas de mi vocación histórica, y que fue precisamente la convincente palabra de don Edmundo las que las canceló; gracias a él pude disfrutar del ejercicio de la historia, no sin que de tiempo en tiempo me asalte la tentación de volver a las matemáticas, a la biología o a la física.

Embrujada por don Edmundo, al anunciarse que ofrecería un seminario de tesis los jueves por la noche, no dudé en seguirlo e incluso convencí a dos de mis compañeras para hacerlo. La fama de don Edmundo hizo que el seminario atrajera a maestros consolidados,

como Arturo Arnáiz y Freg, Sergio Fernández, Juan Ortega y Medina, y estudiantes avanzados como Elisa Vargas Lugo, Clementina Díaz, Teresa Silva y Rafael Segovia. Don Edmundo O'Gorman eligió como tema del seminario la *Historia de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas. El cuidadoso análisis del texto nos enseñó más que la docena y media de cursos ya aprobados. Sus comentarios, cada noche, eran lecciones magistrales de cultura antigua, medieval y renacentista, además de sembrar dudas que nos obligaban a reflexionar sobre el desarrollo de los conceptos de mundo y el universo, y el largo proceso para que América se convirtiera en un concepto dentro de la cultura occidental.

Todos teníamos que elegir un ángulo temático de análisis de la *Historia de Las Casas* y decidí rescatar su visión del indio. La enseñanza de leer y reflexionar sobre un tema con la guía maravillosa de O'Gorman resultó un entrenamiento invaluable para nuestras carreras. El trabajo fue tan gratificante, que al año siguiente me atreví a pedirle dirigiera mi tesis de maestría. Desde luego, continué asistiendo a su seminario, pero para la revisión de mis progresos de tesis lo visitaba en su casa, por lo menos una vez al mes. Él vivía entonces en la calle de Reforma, en San Ángel, una casa sobria de paredes blancas, muebles sólidos y sencillos, con cuadros modernos y bodegones pintados por él mismo, y objetos prehispánicos y, por supuesto, una estupenda biblioteca. La relación de don Edmundo como director de tesis era cálida y comprensiva. Por lo general subrayaba lo que encontraba bien, no sin advertir que había otras posibilidades de desarrollar alguna idea para que intentara una nueva redacción. Alguna vez la sesión se extendió mucho y como iba a recibir a algunos amigos a cenar, me invitó a quedarme. Creo que llegaron el doctor Gaos, Paco de la Maza, Justino Fernández, el historiador norteamericano John Phelan y alguien más. La experiencia me resultó extraordinaria, aunque sirvió para convencerme a mí misma, de que a pesar de ser ratón de biblioteca, era totalmente ignorante.

En 1954 la Facultad de Filosofía y Letras se trasladó a la flamante Ciudad Universitaria y su dinámica cambió radicalmente. Los estudiantes se multiplicaron y los pasillos de Filosofía, conectados por entonces directamente con los de Leyes y Economía, permitieron que invadieran nuestro espacio. Era el inicio de la integración universitaria, con

todas sus ventajas y desventajas En el área de Historia se presentó una novedad importante: el cambio de programa. En lugar de las carreras de Historia de México, Universal e Historia del Arte, el programa ofrecería simplemente la carrera de Historia y los cursos de don Edmundo, *Historia de la historiografía*, *Geografía histórica* y *Filosofía de la historia*, pasaron a ser obligatorios; así la influencia de don Edmundo se amplió. La multiplicación del alumnado hizo que durante algunos años, don Juan Ortega y Medina y yo, por entonces cercanos colaboradores, empezamos a auxiliarle en la calificación de trabajos y exámenes. Cada semestre, una vez que don Juan y yo habíamos leído los trabajos, nos reuníamos a comer en casa de don Edmundo para discutir las calificaciones definitivas. En 1960 lo sustituí en los cursos, porque tomó un año sabático, y como se creó la clase de *Historiografía mexicana*, la empecé a impartir, aunque después el coordinador de la carrera, al no lograr convertirme a su partido, me lo impidió. A la distancia, a pesar de ciertas amarguras, el recuerdo que guardo de aquellos días es cálido y gratificante.

Pero mis inquietudes me llevaron a buscar otros horizontes, primero a España, después a la Argentina y a la Universidad de Harvard A mi regreso volví por un tiempo al seminario de don Edmundo, pues como me dice en la dedicación que puso en el ejemplar de *Fundamentos de la historia de América*, ya nos unía una amistad intelectual y de la otra. Don Edmundo, al apreciar mi gusto por viajar —un tanto extraño se la hacía—, llegó a estar convencido que viajar era más para mujeres.

En el recuerdo tengo múltiples imágenes de O’Gorman: el atractivo profesor que cautivaba a sus alumnas; el don Edmundo mundano que disfrutaba de la frivolidad como dimensión de la cultura y que nos instaba a vivir y experimentar todo en la vida, como ingrediente indispensable para comprender la historia; el brillante expositor e historiador que pensaba que su tarea era rescatar la historia del hombre en el pasado, no la historia del pasado del hombre; el intelectual de una pieza, ávido lector que trabajaba incansablemente en la sencillez de su celda franciscana *Simmons*, según la describía; el padre intelectual que tanto exigía a sus discípulos y también era amoroso amigo que se preocupaba por nuestros problemas personales cuando se presentaban, y que sin ofrecer consejos, ofrecía compañía.

Una imagen que se me quedó clavada tuvo lugar al morir el doctor Gaos. Se velaba en la Agencia Ganoso; el lugar se llenó de toda la intelectualidad tanto mexicana como transterrada, un tanto ruidosa. Don Edmundo, quien estaba conmovido como muchos de sus discípulos, resintió seguramente que no se mantuviera una atmósfera de mayor recato. En medio de tantas conversaciones, sólo Jean Meyer rezaba el rosario. Don Edmundo me instó a salir al pasillo y, de repente me dijo, “cuando me muera, por favor, me rezan”. Era una muestra de una melancolía que sentía por su infancia y adolescencia en una familia católica, aspecto que consideraba un elemento indispensable para comprender la historia mexicana.

Don Edmundo en su larga y fructífera vida al servicio de la Universidad y de México, a los que amó profundamente, dejó huella profunda en el quehacer histórico más allá de la Universidad Nacional Autónoma de México, gracias a su colaboración con otras instituciones y sus publicaciones, entre ellas El Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica, la Universidad Iberoamericana, la Universidad Veracruzana y la Universidad de Guanajuato. A los que fuimos sus discípulos en tiempos tempranos y presenciamos la hostilidad de que era objeto, vimos con gusto que disfrutara en vida un gran reconocimiento. Su personalidad no le permitía el conformismo que tanto reditúa en nuestro medio; parecía darle la razón a Emmanuel Kant por aquello de que el hombre quiere la concordia, pero la naturaleza sabe que le conviene la discordia, de manera que aceptó el compromiso de defender con valentía sus puntos de vista. El rechazo lo convirtió en un profesional del debate, tanto con historiadores mexicanos como extranjeros, entre ellos, Silvio Zavala, Batallion, Lewis Hanke, Lino Canedo, Baudot y León Portilla. A todos los puso en apuros con su clara inteligencia, amplia cultura y su diestro manejo de la argumentación, legado de ejercicio jurídico; esto dificultó la vida de sus viejos alumnos, en especial al buenazo de don Juan Ortega y Medina, al que acompañé. Cuando O’Gorman entabló su última gran polémica con León Portilla, expresé mi preocupación a don Juan, quien con su gran perspicacia me tranquilizó recordándome: “no se preocupe Josefina, las polémicas rejuvenecen a Edmundo”. Era verdad.

La crisis que enfrentamos en el país hoy día, hace que me alegre que el doctor Edmundo O’Gorman no la presencie, pues creo que le dolería infinitamente. En su *México, el trauma de su historia* analiza por qué México ha fallado en lograr el objetivo de la modernización, después de dos siglos de intentos siempre fracasados. En él, don Edmundo fulmina toda la retórica nacionalista que no ha logrado terminar con la tensión monstruosa entre pasado y futuro, que siempre estalla en un presente de contrahechuras, atribuyendo siempre los fracasos a los enemigos, en especial a los Estados Unidos a los que nos une una relación contradictoria. Sin piedad aplasta el *Ariel* de Rodó, que tanto celebraron muchos latinoamericanistas para consolarse de sus frustraciones, y al que don Edmundo dedica un juicio terminante: “por idealista que sea en la entraña de su ser, Iberoamérica no puede pasarse de aspirar a una prosperidad y poderío como los de su vecino Calibán”. Su sentencia es que para cambiar las cosas no bastan leyes y constituciones; se requiere “fomentar un cambio de mentalidad de la sociedad mexicana, orientado hacia lo moderno”. Cuán conveniente sería que nuestros políticos se acercaran a este libro de tanta actualidad. Parece que como nación nos hace falta un verdadero psicoanálisis colectivo para cambiar “nuestro modo de ser”, como decía don Edmundo.

Muchos piensan que don Edmundo se interesó sólo en la época virreinal y en el siglo XIX e ignoró la época prehispánica y el XX. En realidad, estaba fascinado con el pasado prehispánico, pero echaba de menos que todo quedara en recuentos arqueológicos y se reconstruyera a través de las versiones cristianizadas. Se burlaba de la traducción de versos; en cambio, en varias reuniones oyó fascinado a Alfredo López Austin. A la Revolución la consideró como un paso atrás que desperdiciaba la evolución lograda por México durante el porfiriato, condenando de nuevo al país a quedar encarcelado. Rechazó la idea de que la Revolución se convirtiera en la misma encarnación de la patria. Pero como todo historiador, era un atento testigo de los acontecimientos que comentaba con amigos y discípulos.

Don Edmundo O’Gorman fue también una excepción en la historiografía mexicana, pues la estudió desde el centro de la cultura universal. Por desgracia, no logró contagiar su universalismo a sus discípulos, pues la historiografía mexicana,

como la latinoamericana, no ha sabido trasponer su provincialismo. Hay que recordar también otra de sus contribuciones: su lucha por renovar la enseñanza de la historia en la universidad, a la que agregó una serie de materias que aseguraron un cambio profundo.

A pesar de sus maneras británicas, don Edmundo era entrañablemente mexicano, por eso sus reflexiones buscaban encauzar su mexicanidad. En su discurso leído al recibir el Premio Nacional de Letras, en 1972, titulado "Del amor del historiador por su patria", expresaba bien la finalidad que había dado a sus reflexiones históricas, al insistir en que el mejor tributo que un historiador podía ofrecer a su patria era aceptar el pasado en su totalidad, con sus aspectos positivos y negativos. Su *dictum* era no regañar a la historia, sino comprenderla y explicarla.

Su importante legado a la historiografía ha sido un reto para quienes nos preciamos de ser sus discípulos, pues era exigente en el tipo de historia que había que escribir:

Quiero una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieron no acontecer; una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo, como nuestros amores; una historia espejo de las mudanzas, en la manera del ser del hombre, reflejo pues de la impronta de su libre albedrío, para que en el foco de la comprensión del pasado no se opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete del destino inexorable.

Seguramente sus alumnos no hemos cumplido con tan grande exigencia. Es imposible repetir la precisión de sus ideas escritas con una pluma elegante e impecable. Pero sus enseñanzas nos libraron de ser simples repetidores de decires tradicionales y nos ayudó a atrevernos a enfrentar, a reinterpretar el pasado, con lo

que, al menos, cumplimos con parte de su legado.

Rodeado de las cosas que le gustaban en las casas que él mismo había construido, tanto en San Ángel como en Temixco, y su espléndida biblioteca, don Edmundo gozó de una larga, fructífera y plena vida dedicada a sus tareas intelectuales. Todavía un mes antes de morir impartía su seminario, aceptaba entrevistas y participaba en eventos culturales, pero no sobrevivió a un infarto cerebral el 28 de septiembre de 1995, dejando un profundo vacío en sus amigos y en el ambiente académico. Según Antonio Saborit, O’Gorman fue "uno de los pocos ingenios auténticamente grandes en nuestra historia moderna".

Bibliografía

Aguilar Camín, Héctor (2001), "Historiador para historiadores. Homenaje a Edmundo O’Gorman", en Josefina Mc Gregor, *Homenaje a Edmundo O’Gorman*, México, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras.

O’Gorman, Edmundo (1969), *La supervivencia política novohispana*, México, Fundación Cultural Condumex.

PENSAR LA HISTORIA²

Eugenia Meyer

Universidad Nacional Autónoma de México

Apenas cuatro años antes de su muerte, al recibir el doctorado *Honoris Causa* de la Universidad Iberoamericana, Edmundo O'Gorman escribió un texto que podemos considerarlo su testamento intelectual:

[...] una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieran no acontecer; una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad: una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia-arte, cercana a su prima hermana, la narrativa literaria; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo como nuestros amores: una historia espejo de las mudanzas, en la manera de ser del hombre, reflejo, pues, de la impronta de su libre albedrío para que el foco de la comprensión del pasado no opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable (O'Gorman 1991: 52).

² Texto leído en la Jornada de Homenaje a Edmundo O'Gorman en el Centenario de su Nacimiento. Toluca, Estado de México, Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México, 17 de octubre de 2006. Apareció como "Edmundo O' Gorman: la historia imprevisible" en *Boletín del Fondo de Cultura Económica*, México, noviembre de 2006.

Ni más ni menos. Pero ¿cómo llegó a este pronunciamiento, tan intenso y ambicioso? Para explicar tal convicción, resulta imperativo echar un vistazo a su vida y a su obra, que dan cuenta de un propósito fundamental: “alcanzar el supremo objetivo de la felicidad” (Fernández 1968:13).

Sin duda el historiador se plantea una interrogante ontológica: ¿a qué aspira el hombre? A partir de ahí logra un pensamiento lógico y congruente que lo lleva, a lo largo de muchos años, a definir la naturaleza de la vida humana y a perseverar en una vida mejor para sí mismo. Ciencia y tecnología deben servir al hombre para que la felicidad sea asequible. ¿Cómo?, valiéndose de los instrumentos de la técnica y las profundidades del pensamiento, y así convertirse no sólo en el amo del universo, sino en el amo de sí mismo. Es decir, el proyecto vital de todo ser humano debería procurar la conquista de la inocencia que, sin duda, podría conducir a la recuperación del paraíso perdido.

La hazaña personal y social de este hombre tan singular, que conjugó admirablemente talentos, compromisos y pasiones como jurista, filósofo, historiador y maestro por excelencia, arranca el 24 de noviembre de 1906 en el seno de una familia con raíces irlandesas y mexicanas, “nada vulgar”, como dijera Justino Fernández (1968: 13), el amigo de toda su vida. La madre, Encarnación O’Gorman Moreno, descendiente del primer cónsul británico en México, encauzó a sus hijos Juan, Edmundo, Cecilia y Tomás hacia las actividades intelectuales. El padre, Cecil O’Gorman, un ingeniero minero que llegó a México en el ocaso del

siglo XIX, se dio tiempo para encontrar su verdadera vocación de pintor y heredar a su familia la pasión por el arte y el sentido estético.

En 1928, Edmundo O'Gorman se graduó en la Escuela Libre de Derecho. Quienes fuimos sus alumnos le escuchamos decir que luego de una década de ejercicio, considerada notable por su agudeza y pericia, se hartó de divorciar parejas y de atender frivolidades y casos mundanos. Abandonó la práctica jurídica. Como era un gran lector de historia y literatura, decidió incursionar, quizá sin tenerlo muy claro, en lo que sería su razón de vida: la Historia, en la que abrevó para buscar la felicidad que tanto pregonaría en el futuro.

Llegó con apenas 31 años al Archivo General de la Nación (AGN), en donde permaneció durante casi tres lustros. Ocupó un modestísimo puesto de historiador "c" y, apenas seis meses después recibió su primera promoción y fue nombrado jefe de la Sección de Historia, en sustitución de Luis González Obregón, recientemente fallecido.

Dejó el Archivo en 1952 y, tras de sí, una gran cantidad de artículos, más de medio centenar (56 para ser precisos), que publicó al compás de sus descubrimientos e investigaciones en el *Boletín del Archivo General de la Nación*.

Al novel investigador le interesaba, por sobre todo, el pasado colonial y aprovechaba cualquier oportunidad para recorrer los caminos de esa época y visitar monumentos del siglo XVI. El propio Justino Fernández contaba que el

entusiasmo por los monumentos y la vida novohispana los llevó a una experiencia monacal, y durante ocho días ocuparon unas celdas del convento de Acolman.

Llevamos catres plegadizos, cobijas, linternas, libros, papel y plumas; lo demás lo improvisamos: unas tablas eran las mesas de trabajo. Nos impusimos por regla desayunarnos muy temprano, trabajar todo el día, comer a las cinco de la tarde y acostarnos apenas caída la noche. Estudiamos el monumento con detalle, nos intrigaba qué partes de él eran la primitiva, la posterior y la última. Edmundo especulaba sobre todo ello, mientras yo dibujaba el mural de Santa Catarina en la capilla abierta. En algunos ratos libres leíamos la *Vida interior*, de Palafox, o el *Santo Tomás*, de Chesterton. La experiencia nos gustó, pero no la resistimos por mucho tiempo (1968: 14).

Después, ambos emprendieron la aventura de convertirse en editores. Empezaron por publicar obras pequeñas de poesía; luego, varios libros que, incluso, contenían una viñeta con color puesto a mano. Y centraron sus esfuerzos en “Alcancía”, una editorial doméstica en la que ellos hacían y le dieron cabida a todo: poesía, historia, literatura y filosofía. Apareció entonces su *Santo Tomás Moro y la Utopía de Tomás Moro en la Nueva España* (1937). La experiencia, aunque muy aleccionadora, resultó un total fracaso económico.

Casi en forma simultánea, O’Gorman publicó su *Breve historia de las divisiones territoriales. Aportación a la historia de la geografía de México* (1937),³ como parte de las conmemoraciones por los 25 años de la creación de la Escuela Libre de Derecho, en 1937.

³ Puede verse la edición corregida y puesta al día en Porrúa.

Aquella fue una época decisiva para O’Gorman, en lo personal y lo profesional, por su encuentro trascendente con la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, primero como estudiante, y a partir de 1940, como profesor. En el viejo edificio de Mascarones entró en contacto con intelectuales mexicanos como Antonio Caso y especialmente con José Gaos, el transterrado, quien a partir de sus cursos sobre Descartes y tras encauzar a sus alumnos a la lectura de *Ser y tiempo* de Heidegger, orientó al que ya apreciaba por su capacidad intelectual y advirtió, tiempo después, como “un historiador con una conciencia harto filosófica de su actividad, el historiar” (Gaos 1968: 19).

De hecho, José Gaos fue quien con mayor acierto y precisión se adentró en la obra de O’Gorman, entendida como la afortunada mezcla entre la filosofía de la historia, la historia de las ideas y la historia en general. Todo ello permitía al mexicano profesar una ontología dualista de las esencias, propia de los entes *históricos*, a diferencia de los *no históricos*, probando con ello, a fin de cuentas, que los hechos de la Historia pueden ser objeto de ideas, pero que éstas también son entes históricos (1968: 39).

Ya inmerso en el quehacer histórico, O’Gorman se arrogó la que sería su guerra personal por muchos años: el combate tenaz a la historia positivista o científica que dominaba el medio de entonces, y se propuso conquistar un territorio ciertamente excluyente, y hasta intolerante, que proclamaba a los cuatro vientos una pretendida objetividad e imparcialidad. Ello sucedía al tiempo que se vio inmerso en las arenas movedizas y complejas de la lucha casi iconoclasta entre hispanistas e indigenistas.

En 1948 presentó su examen para obtener la maestría en Filosofía con especialidad en Historia y el 12 de septiembre de 1951 obtuvo el doctorado en

Filosofía. Apenas un año más tarde se incorporó como profesor de carrera en la propia Facultad que lo había formado y ahí permaneció el resto de su vida.

Por casi medio siglo, hasta su muerte, en 1995, O'Gorman desarrolló una intensa, fecunda y creadora vida académica, cuyos frutos son variados y muy importantes. Se topó, quizá sin proponérselo, con una veta formidable al *reinventar* a los cronistas de la Conquista y la experiencia colonizadora, a partir de su prólogo a la *Historia natural y moral de las Indias* de Joseph de Acosta en 1940, seguida por un sinnúmero impresionante de estudios introductorios y verdaderos ensayos filosóficos e historiográficos de autores como Fray Servando Teresa de Mier, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco Cervantes de Salazar, Pedro Mártir, Antonio de Solís, Fray Toribio de Benavente o Motolinía, Fernando de Alva Ixtlixóchitl, Fray Bartolomé de las Casas, por citar sólo a unos cuantos.

Fue también un pensador estudioso, disciplinado y acucioso crítico de los primeros historiadores; prueba de ello son sus espléndidas ediciones de *Los nueve libros de la historia* (Herodoto, 1971) y de la *Historia de la guerra del Peloponeso* (Tucídides 1974).

Junto con ellas, celebramos sus impecables traducciones a obras clásicas de Locke, Hume, Adam Smith y Collingwood. Todo lo cual, como preludeo a su encuentro con el ser histórico de América, le permitirá incursionar en el fascinante proceso cognoscitivo del llamado Nuevo Mundo, y dio como resultado las obras: *Fundamentos de la historia de América* (1942), *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947), *La idea del descubrimiento de América* (1952) y, para cerrar el ciclo con broche de oro, *La invención de América* (1958).

Contundente y combativo, O'Gorman habría de tener sesudas polémicas (Ramos 1968: 49-67): una primera con Lewis Hanke (O'Gorman 1949) en torno a

uno de los personajes que estarían presentes a lo largo de su oficio de historiador, Fray Bartolomé de las Casas. Muchos años más tarde, aquellas reflexiones servirían de sustento a una de sus más importantes disertaciones, la que apareció como estudio preliminar a la *Apologética histórica sumaria* (De las Casas 1967).

Sostuvo otro debate, aunque fallido, con Silvio Zavala, en un seminario para el estudio de la Técnica de la Enseñanza de la Historia, que tuvo lugar en marzo de 1945. Los dos historiadores se enfrascaron en una discusión sobre los problemas filosóficos implícitos en la actividad del historiador. Como consecuencia, la Sociedad Mexicana de Historia los convocó a una sesión-duelo bautizada como “Consideraciones sobre la verdad en historia”, a la que acudirían otros distinguidos historiadores, a manera de padrinos. Zavala invitó a Rafael Altamira y a Domingo Barnés; O’Gorman invitó a José Gaos y a Ramón Iglesia. La reunión estaba emplazada para tres meses después, el 15 de junio de 1945. Por uno de esos misterios, que también caracterizan a la historia, Zavala se ausentó del país, “sin que hubiese pedido a ninguna de las dos personas designadas por él, que lo supliesen en ese formal compromiso que había contraído” (O’Gorman 1945: 180).

Y si bien el duelo programado no se llevó a cabo, en la reunión prevista, O’Gorman tuvo la posibilidad de sugerir la creación de un instituto que fuera a la vez “escuela y registro del pensamiento histórico vivo, reflejo y a la vez portavoz de las inquietudes espirituales de nuestros días” (O’Gorman 1945: 182).

En su texto, O’Gorman recupera los elementos de la imaginación y la inventiva creadora como esenciales para la historia. Con ello, puso al descubierto la profundidad de su pensamiento sobre el oficio de historiar y el compromiso que adquiere el historiador frente a los hechos. Se trataba, a qué dudarlo, de reconocer

la importancia de los datos, de las investigaciones acuciosas, pero también de asumir que la mera erudición farragosa y estéril, la “letra muerta”, como él la llamaba, no son suficientes. Se requería de una tarea mucho más dinámica, más comprometida, de buscar y ahondar en las razones que mueven a los hombres. Hacía falta revisar los rastros del pasado, esas fuentes que daban motivo a un diálogo permanente entre el acontecer social y el individual para luego construir una historia que se humanizara a partir de la propia inventiva del historiador.

Era, a fin de cuentas, una confrontación entre dos tendencias: la científica positivista y la historicista. Y con ello, como tema central, moverse en los límites del subjetivismo, del individualismo en la interpretación histórica.

Para O’Gorman era menester entregarse e incluso poner en riesgo la vida intelectual, el propio ser moral de quien interpreta los hechos. Es decir, el historiador asume como un imperativo involucrarse de manera total con ese pasado, para así, y sólo así, comprendernos, correr el riesgo de una entrega absoluta.

Sostuvo una tercera polémica, de calidad y sustancia, con Marcel Bataillon (1953), sobre la *Idea del descubrimiento de América*, que le permitió a O’Gorman aprovechar la oportunidad para volver, con gran placer, al reto nada despreciable de poner sus conocimientos y su enorme capacidad filosófica para el debate al servicio de sus argumentos (O’Gorman 1954a). Se trató, sin duda, de defender sus tesis con respecto al acontecimiento de 1492 y la aparición de América en el seno de la cultura occidental que, a fin de cuentas, involucraba la manera como se concibe el ser de América y el sentido que ha de concederse a su historia, frente a la

censura del intelectual francés que insistía en que O’Gorman, de hecho, había caído en tesis contradictorias.

Bataillon defendió la forma tradicional de analizar e interpretar la hazaña colombina, como también el uso que se ha dado a la importancia de la leyenda o, quizá, al mito que los cronistas españoles crearon en favor de la empresa real. O’Gorman, en cambio, insistió en que el uso que se hizo de dicha leyenda fue diverso y discutible y, sin embargo, ello no invalidaba el hecho de que la leyenda era, finalmente, una forma de interpretar la hazaña del almirante genovés.

Cualesquiera que fueran los motivos o las formas de O’Gorman para enfrentarse a las críticas o disensos, lo importante sin duda era la posición que tenía ante la historia; la pasión con que defendió la historicidad de los hechos y esgrimió la defensa del historicismo como verdad y razón de vida.

Pero no sólo América fue el sujeto de sus desvelos y dedicación. México, en su diversidad inagotable, lo llevó por las sendas de la vida colonial y, con ello, al criollismo (O’Gorman 1970), así como al culto de la Virgen de Guadalupe (O’Gorman 1986), las vivencias independentistas o la figura y hazañas de Miguel Hidalgo (O’Gorman 1964), las experiencias e incursiones de liberales y conservadores que les permitieron mirar hacia Europa o Estados Unidos en la búsqueda de modelos y formas de vida política para sentar finalmente las bases de una “América Mexicana” (O’Gorman 1969); o bien a la revolución de Ayutla (O’Gorman 1954b), que sentó las bases liberales para emprender el camino por toda la segunda mitad del siglo XIX.

Fue entonces cuando O’Gorman, en una reflexión profunda, logró uno de los textos más significativos, por cuanto la comprensión de la historia de México como un todo, indisoluble e incuestionable. En *México, el trauma de su historia* (O’Gorman 1997), fiel a su prédica de que “los temas deben nacer del hígado”, hizo a un lado la erudición y la “devoradora pasión por los hechos”, prescindió del fastidioso uso de notas y aparatos críticos que rayan en el exceso de la cientificidad, y se dispuso a realizar un análisis íntimo del proceso de la identidad mexicana, como unidad fundamental de nuestra historia.

La suya resultó en una originalísima interpretación del pasado de México, que le venía de dentro, a partir de un largo proceso de reflexión e interpretación. Con gran inventiva presentó una serie de argumentos e hipótesis, sustentados en el profundo conocimiento que tenía de la historia mexicana y su brillante capacidad para describir con precisión las raíces y las razones del fracaso del ser mexicano.

Se trató, sin duda, de un texto que provocó cierta desazón, que no pasó inadvertida. En él insiste en el recurso de la historia como instrumento y compromiso para plantearnos el futuro común. Recurriendo a un sinnúmero de pasajes históricos, reconocía el esfuerzo por constituirnos en nación, e insistía: “en la historia no se puede, sin impunidad, resucitar experiencias agotadas” (O’Gorman 1997: 98).

O’Gorman se plantaba en el centro del acontecer nacional de su tiempo, de la decadencia de Occidente y del verdadero desafío entre la tradición y la aventura de la modernidad. Reconocía entonces que,

[...] todos estamos embarcados en la misma nave zozobranante, y no habrá para nadie ningún asidero esencialista ontológico de dónde cogerse. Pero también podemos y quizá debemos comprender que se trata de una crisis preñada de la posibilidad de una mutación en trance de actualizarse y cuya condición será superar el egocentrismo nacionalista, iberoamericano o de cualquier otra especie o procedencia. Una mutación que inaugure la grandiosa aventura y ventura de una cultura ecuménica sobre los logros y la experiencia –no sobre las cenizas– de la civilización universalista ya alcanzada. Conquistada la naturaleza exterior, se abre la perspectiva de la conquista de la interioridad del hombre con el descubrimiento de un objetivo común que sea capaz de generar el amor, el valor y la voluntad de sacrificio, que en su día han sabido generar el nacionalismo y sus empresas guerreras. Independientemente de una dirección sabia en resolver y satisfacer eso que hoy se llaman nuestras carencias –y añadido, nuestros excesos–, ese deseado despertar del trauma de nuestra historia se concreta, por una parte, en la renuncia a toda esa mitología que la enerva, y por otra parte, en tener clara conciencia de aquellas dos posibilidades de nuestro tiempo a fin de colaborar generosamente en el cumplimiento de la primera y con decisión y energía en el estorbo de la segunda (1997: 119).

En última instancia, el oficio de historiar resultó para O’Gorman una actividad esencial, ligada a su amor por México y lo mexicano, que lo llevaron a adentrarse en las aguas recónditas del pasado nacional, abrevando del pensamiento de quienes dieron sentido al concepto de patria y procedieron a la creación de nuestra nacionalidad.

La suya fue siempre una prédica por reconocer que la verdad histórica era apocalíptica, que había que buscarla sin desconfiar de la imaginación. Vivió fiel a

su forma de pensar la historia, ajeno a lo fáctico y descriptivo para privilegiar la interpretación y el entendimiento de los procesos históricos, tan alejados siempre de la científicidad que terminaba por acosar y limitar el trabajo propiamente histórico.

Por ello es que ahora, en los nuevos tiempos, reconocemos que la de O'Gorman fue una historia imprevisible, de atrevidos vuelos, siempre en vilo, siempre en construcción, que partía de la imaginación y esgrimía como razón de ser la necesidad de mostrar la natural y riquísima variedad de lo individual humano como recurso para romper lanzas, una y otra vez, por la causa de la libertad.

Bibliografía

Bataillon, Marcel (1953), "L' idée de la decouverte de L' Amérique chez les spagnols dés XVIe siècle, *Bulletin Hispanique*, París, t. LV, núm. 1.

Casas, Fray Bartolomé de las (1967), *Apologética histórica sumaria* [edición preparada por Edmundo O'Gorman, con un estudio preliminar, apéndice y un índice de materias], México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2 vols.

Fernández, Justino (1968), "Edmundo O'Gorman, su varia personalidad", *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*, México, UNAM.

Herodoto, (1971), *Los nueve libros de la historia*, [Edmundo O'Gorman, pról.], México, Porrúa, Sepan Cuántos.

O'Gorman, Edmundo (1937a), *Santo Tomás Moro y la utopía de Tomás Moro en la Nueva España*, México, Alcancía.

—— (1937b), "Breve historia de las divisiones territoriales. Aportación a la historia de la Geografía de México", *Trabajos jurídicos de homenaje a la Escuela Libre de Derecho. XXV aniversario*, México, Polis.

—— (1945), "Consideraciones sobre la verdad en historia", *Revista de Filosofía y Letras*, vol. X, núm. 20, oct.-dic., p. 180.

—— (1949), "Lewis Hanke on the Spanish Struggle for Justice in the Conquest of America", *Hispanic American Historical Review*, vol. XXIX, noviembre, pp. 563-571.

—— (1954a), "Marcel Bataillon et l' idée de la decouverte de L' Amérique", *Bulletin Hispanique*, París, tomo VI, núm. 4, pp. 345-363. Un año después aparecieron ambos textos en español, Marcel Bataillon y Edmundo O'Gorman (1955), *Dos concepciones de la tarea histórica con motivo de la idea del descubrimiento de América*, México, UNAM/Centro de Estudios Filosóficos.

—— (1954b), "Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla", en *Plan de Ayutla. Conmemoración de su primer centenario*, México, UNAM/Ediciones de la Facultad de Derecho.

—— (1964), "Hidalgo en la historia", [Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia], *Memorias de la Academia*, México, Academia Mexicana de la Historia, vol. XXIII, núm. 3, julio-septiembre.

—— (1966), *Historia de las divisiones territoriales de México*, México, Porrúa, Sepan Cuantos, núm. 45.

—— (1969), *La supervivencia política novo-hispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, México, Fundación Cultural de Condumex, Centro de Estudios de Historia de México.

—— (1970), "Meditaciones sobre el criollismo", discurso de ingreso a la Academia Mexicana Correspondiente a la Española, México, Centro de Estudios de Historia de México.

—— (1986), *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas.

—— (1992), “Fantasmas en la narrativa historiográfica”, *Nexos*, núm. 175, julio, México.

—— (1997), *México, el trauma de su historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Ramos, Carmen (1968), “Edmundo O’Gorman como polemista”, en Justino Fernández, *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman*, México, UNAM, pp. 49-67.

Tucídides (1974), *Historia de la guerra del Peloponeso*, [introducción de Edmundo O’Gorman], México, Porrúa, Sepan Cuántos, núm. 290.

**EDMUNDO O'GORMAN EN LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA Y EN EL
ESTADO DE MÉXICO (1971-1995)**

María Cristina Torales Pacheco

Universidad Iberoamericana

Inicio estas líneas con una invitación a observar tres pinturas del ingeniero en minas Cecil O'Gorman, que datan de 1936. Se trata de su autorretrato, el de su hijo Edmundo y el de un caro amigo de éste, Justino Fernández, historiador del arte, realizadas en su casa en la calle de Santísimo, en el pueblo de San Ángel, cuando nuestro historiador tenía veintinueve años; compartía con su amigo Justino su gusto por el arte, la historia y la imprenta, y estaba próximo a tomar la decisión de dar un giro sustantivo a su vida: renunciar a su brillante carrera de abogado para consagrarse a su verdadera vocación, la historia. Los retratos del padre y del amigo parecen mostrar la fuerte influencia de éstos en el historiador, y nos explican su elección por la historia, disciplina que frecuentemente nuestro maestro definió como el puente entre la ciencia y el arte.

Cecil O'Gorman se representa a la edad de sesenta y cuatro años, de perfil, con mirada aguda, en plena observación de la transformación de una sustancia en el matraz que sostiene en la mano derecha. En su laboratorio químico podemos apreciar libros, reactivos y objetos propios de la investigación empírica. Al fondo, un mapa a la manera de los códices virreinales que nos revela el aprecio y dominio del accidentado territorio mexicano, sentimiento que habría de legar a sus hijos.

Justino es representado a la edad de treinta y un años. Aparece sentado en un sillón con respaldo de gruesos tableros, frente a una mesa cubierta con una bella carpeta hispánica; sobre ella distinguimos un compás y un lápiz encima de un pliego de papel, clara alusión a su sensibilidad artística. También un libro con el lomo colocado hacia el espectador en el que se lee el título *Alcancía* y como autores: E. O’Gorman y J. Fernández. Su padre dejó registrado así el punto de partida de uno de tantos proyectos compartidos por ambos.⁴ Detrás del personaje hay una pequeña ventana con marco de cantera estilo barroco y por ella se ve un paisaje

⁴ A este propósito Justino Fernández dice:

Otra empresa en común y distinta fue la tipografía. Un buen día decidimos ser impresores. Adquirimos una prensa de mano y comenzamos a componer con tipos móviles frente a un espejo. Salieron nuestras primeras producciones obrillas breves de poesía, de amigos entusiastas y de poetas de otros. Después nos creció la ambición, compramos una prensa usada pero con motor, y un viejo tipógrafo a nuestro servicio nos enseñó muchos trucos que junto con nuestras ocurrencias daban por resultado libros con mejor calidad. A veces Edmundo componía, otras yo; imprimíamos los dos. Lo más molesto era lavar la prensa; pero este trabajo al margen de nuestros quehaceres habituales, nos entusiasmaba. Varios libros llevan viñetas con color puesto a mano; las tiradas eran limitadas. De la poesía pasamos a la historia, a la literatura, a la filosofía. Financieramente aquello era un fracaso. Nuestra editorial se llamó *Alcancía*... (1976: 14).

que sugiere, acaso, el aprecio del amigo por la naturaleza o bien su vinculación al campo mexicano por descender de una familia de hacendados. Completan el escenario un florero de barro finamente torneado y pintado a mano, con sólo tres flores y una sencilla vasija de plata, que nos reafirma la predilección de Justino Fernández por el arte virreinal.



A Edmundo O’Gorman su padre lo muestra sereno, mirando al espectador al que parece mostrar su satisfacción por haber sido seducido por Clío. El historiador, con su brazo izquierdo apoyado en su escritorio, sostiene con firmeza un libro iluminado con una capitular policromada y la leyenda en la que el pintor

signó su obra. Atrae nuestra atención el retrato en miniatura de su abuela que, años después, nuestro maestro tendría sobre la chimenea de su biblioteca. No puedo asegurar si es su abuela paterna o materna, lo que viene a mi memoria es que varias veces nos comentó cómo en su época de estudiante comía con su abuela materna con frecuencia, en su casa en la calle de Tacuba, para después acudir a la Biblioteca Nacional a preparar sus tareas universitarias y retornar al atardecer a la casa paterna. Podemos conjeturar que el pintor quiso refrendar el estrecho vínculo del historiador con su abuela, en particular durante el tiempo en que O’Gorman estudió la profesión de abogado en la Escuela Libre de Derecho. Su vocación por la escritura de la historia está sugerida, en el escenario compuesto por un tradicional atrás del añejo sillón, por un librero en el que, entre varios libros antiguos, identificamos una obra de su preferencia, *La Ciudad de Dios* de San Agustín, la cual, a decir de nuestro profesor, fue la obra cumbre de la historiografía medieval. Quisiera proponer que lo que el pintor quiso dejar sentado en estos óleos fue el año en que su hijo dio inicio a su fructífera trayectoria en el oficio de la historia. Sus primeros ensayos históricos habrían de aparecer publicados al año siguiente *Santo Tomás Moro y la Utopía de Tomás Moro en la Nueva España* en su imprenta Alcancía y su texto “Breve historia de las Divisiones Territoriales. Aportación a la historia de la geografía en México”, en una edición conmemorativa con motivo de los XXV años de la Escuela Libre de Derecho (O’Gorman 1937).

O'Gorman en la senectud

...viejo león...con su melena encanecida

con las garras aún rápidas y temibles...

Jorge Alberto Manrique

En lo que sigue no me referiré a los primeros años de O'Gorman como historiador, más bien oriento mi atención a la culminación de su trayectoria, a la etapa que reconoció como su senectud, correspondiente a su presencia como maestro en la Universidad Iberoamericana.

En agosto de 1971 inició en esta casa de estudios su Seminario de Historiografía Mexicana. Aún recuerdo que mis cuatro compañeras y yo le esperamos con sentimientos encontrados,⁵ Con ilusión de aprender de quien reiteradamente nuestros maestros nos habían presentado como el mejor historiador de México y con cierto temor a evidenciar, ante él, la ignorancia propia de los aprendices en el oficio. En 1967 había sido distinguido como Emérito en su *alma mater*, la Universidad Nacional Autónoma de México. Cabe decir que fue el primer académico que recibió esta distinción en el área de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Había sido objeto también de un merecido homenaje organizado por sus maestros, compañeros y discípulos. Entre ellos, el filósofo transterrado José Gaos, sus amigos Justino Fernández y Francisco de la Maza, y sus discípulos Juan Antonio Ortega y Medina, Josefina Vázquez Vera y Jorge Alberto Manrique, entre otros.⁶

El doctor O'Gorman llegó a la Iberoamericana liberado de actividades docentes y de funciones administrativo-académicas, como las comisiones dictaminadoras y los consejos académicos, tareas que él asumía con excesiva responsabilidad y, a decir de su

⁵ Me refiero a Margarita Abia, Leonor Correa, Guadalupe González y Guadalupe Jiménez.

⁶ El doctor Juan Antonio Ortega y Medina asumió la tarea de editar los escritos en homenaje, en ocasión de sus sesenta años de edad y su distinción como Emérito (Fernández 1976).

amigo Justino, “siempre con un sentido de justicia benigna que le ha acarreado en ocasiones injustas críticas” (Fernández 1976).

Decidió, entonces, emprender una nueva experiencia y aceptó la invitación de Tarsicio García, entonces director del Departamento de Historia de nuestra Institución, para ser docente en la Maestría en Historia. Entre 1971 y 1995, al tiempo en que dirigió su Seminario de Historiografía Mexicana, los martes por la mañana, casi sin interrupciones, escribió y publicó la tercera y última parte de su obra. En ese lapso, el propósito principal de sus numerosas conferencias y publicaciones fue sustentar su segunda tesis fundamental sobre la historia americana: el criollismo como origen de la identidad nacional. Orientó sus labores de investigación y docencia, en estos veinticuatro años, al estudio de la escritura de la historia en la época virreinal y a dilucidar los orígenes del guadalupanismo.

Quisiera ahora llamar la atención sobre tres facetas del doctor O’Gorman que sus discípulas en la Iberoamericana pudimos apreciar: Historiador, Maestro e Intelectual consagrado a México.

El historiador

La primera ocasión que tuve oportunidad de escuchar a nuestro maestro en la Universidad Iberoamericana fue en calidad de alumna de licenciatura, en 1968. Llegó acompañado de su esposa, Virginia. Vestía parecido a como lo pintó su padre, con su saco de *tweed* y su pantalón gris Oxford. En dos tardes nos expuso su tesis sobre la *Invención de América*. Tres años más tarde, se presentó vestido casi igual a nuestra primera sesión del

Seminario de Historiografía Mexicana, en el posgrado. En dicho seminario, nos expuso nuevamente su tesis al compartirnos la reescritura del libro donde la publicó. En efecto, el Fondo de Cultura Económica lo había invitado a preparar una segunda edición. Sin embargo, como él lo expresó en el prólogo, no se limitó a una simple revisión del texto, concibió lo que él reconoció como “renovada versión”, prácticamente otro libro (O’Gorman 1977a: 8). En sus conversaciones a propósito de éste, insistió en el carácter interpretativo de la disciplina y la relevancia de reconocer la escritura de la historia como producto de una invención individual. Hizo hincapié en el sentido de la historia, como respuesta a la pregunta fundamental de su generación: la identidad de México en el contexto internacional del siglo XX.

En numerosas conversaciones en torno a su definición de las tareas como historiador, declaró siempre que no era posible ubicarlo en una corriente historiográfica específica. Se asumía como leal discípulo del maestro Antonio Caso, quien lo introdujo al pensamiento de Benedetto Croce y lo encauzó hacia sus combates contra el positivismo. Reconocía, con frecuencia, cómo en su juventud don Miguel Macedo lo había inducido al estudio de la historia de griegos y romanos, en su curso de derecho clásico. Siempre valoró el pensamiento de José Ortega y Gasset, discípulo de Heidegger; primero, a través de sus asiduas lecturas de la *Revista de Occidente* y más tarde, en la Universidad Nacional, por la cátedra de José Gaos, alumno directo de Ortega, quien había llegado a México a causa de la guerra civil española. Es lugar común reconocer cómo O’Gorman y Justino Fernández de la mano de Gaos, se asieron del pensamiento de Heidegger. El aprecio y proximidad de Gaos a sus discípulos quedó manifiesto al dedicarles su obra *Del hombre* publicada en México. Resta decir que el maestro transterrado, como él se calificó, tradujo al castellano *Ser y tiempo* de Heidegger antes de que se hiciera lo correspondiente al inglés o al francés.⁷ O’Gorman fue también un admirador del empirismo británico y, motivado por Gaos, abrevó en el racionalismo cartesiano. Abogó por asumir a la historia como invención, la historia creación, la historia interpretación, hermanada con la literatura y la filosofía. Sin

⁷ Observación que me hizo Luis Vergara Anderson.

embargo, dejó ver en sus trabajos de reconstrucción histórica, en la identificación, reconstrucción y valoración de los testimonios documentales, su riguroso método derivado de su formación jurídica.

En muchas ocasiones afirmó O’Gorman que los historiadores pueden y deben trabajar en equipo la construcción de los textos históricos y queda como labor del historiador solitario, la historia invención. Durante los veinticuatro años que trabajó en la Iberoamericana, produjo la tercera parte de su obra impresa, como ya lo he advertido. En parte de ella colaboramos, en otra, sólo fuimos testigos de sus angustias y vigiliias, provocadas por la concepción de una obra histórica a partir de lo que él definía como una revelación.

Debo insistir, en este apartado, que en la Iberoamericana O’Gorman dejó manifiesta su profesión de fe en los jóvenes, y que se manifestó siempre dispuesto a departir con ellos. Su último legado fue una bella pieza literaria que reconoció como su declaración de principios como historiador, la cual leyó cuando nuestra institución le otorgó el Doctorado *Honoris Causa*, el 4 de octubre de 1991. Me refiero a *Fantasmas de la narrativa historiográfica*. En este texto reafirmó su concepción de la historia e invitó a la juventud a profesar una historia creativa.

Ser maestro, su vocación

En el Seminario de la Iberoamericana pudimos, semana con semana, aprender de su trabajo heurístico y participar en él: localización, selección y crítica de textos. Reconocimos al O’Gorman que, consciente de las deficientes ediciones decimonónicas de las obras históricas del pasado virreinal, organizó lo que reconoció como el taller del historiador. Así, en dicho taller, nos incorporó como aprendices y fuimos partícipes de la edición

crítica de las obras históricas de Fernando Alva Ixtlilxóchitl, el historiador más despreciado entonces por los historiadores del México antiguo, pero el más caro para nuestro maestro, por ser un fiel exponente del criollismo, concepto que desarrolló para explicar el origen de la identidad mexicana. Concluida esa ardua tarea⁸, el doctor O’Gorman nos propuso el reto de reconstruir el libro, hasta hoy perdido, de Fray Toribio de Benavente, Motolinía. A través de numerosas citas a esa obra, de escritores del periodo virreinal que se valieron de ella para la concepción de sus historias —entre ellos Alonso de Zorita— durante casi diez años realizamos la reconstrucción de este texto providencialista sobre la primera mitad del siglo XVI en México (Motolinía 1989). Paralelamente, O’Gorman abrió otro seminario en la misma Universidad para trabajar su obra sobre Fray Servando Teresa de Mier, *El heterodoxo guadalupano* (1981).

Al tiempo en que realizamos estas labores en equipo, acompañamos al historiador que con su creatividad y dominio de la disciplina, en constante diálogo con sus discípulos, concibió y realizó varias de sus obras fundamentales sobre México. Escribió en la soledad de su sobria, casi monástica, biblioteca, sus últimos textos: *México el trauma de su historia* (1977b) y *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac* (1986a). Cabe recordar aquí que con frecuencia detenía la lectura de los documentos, motivo de nuestros seminarios, para comentar las ideas y fundamentos de sus escritos en turno.

Fuimos testigos también de la concepción de sus textos de crítica histórica, sus eruditas impugnaciones contra: a) la tesis sobre la *Historia de los indios* de Motolinía, del historiador franciscano Lino Gómez Canedo; b) el libro *Quetzalcóatl et Guadalupe* de Jacques Lafaye; c) las afirmaciones y numerosos errores del texto *Utopie et Histoire au Mexique* de George Baudot; y d) la tesis del encuentro de dos mundos, signada por el Dr. León Portilla y promovida por el estado mexicano con motivo del V centenario del primer viaje de Colón (O’Gorman 1986b).

⁸ El resultado fueron dos volúmenes de las *Obras históricas* de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. (1975).

Una tarea más de O’Gorman en la que participamos y que pocos estudiosos del historiador mencionan, fueron sus escritos de divulgación. Colaboramos con él en una antología de textos, *Nezahualcóyotl Acolmiztli*, preparada para el gran público a solicitud de Mario Colín, reconocido político e historiador del Estado de México, con motivo del quinto centenario de la muerte del historiador poeta (Alva 1972).

Al tiempo en que realizamos la reconstrucción de la obra histórica de Motolinía, colaboramos en una *Antología* de textos políticos de Fray Servando Teresa de Mier (1978) y en la edición de *La guerra del Peloponeso* de Tucídides (1974). En nuestras conversaciones con el maestro tuvimos noticia de su ensayo sobre “La Inquisición de México” para la *Historia de México* editada en fascículos;⁹ de su capítulo sobre el México virreinal, solicitado por la doctora Josefina Vázquez para incorporarlo en un libro de apoyo para los maestros de enseñanza básica, que finalmente fue publicado en la colección *Sepsetentas Un recorrido por la Historia de México* (López 1975). Un último ejemplo del interés de O’Gorman por la divulgación de nuestra historia lo constituye el guión sobre la evangelización de México, que Guadalupe Jiménez le pidió para la serie de historietas *Episodios mexicanos*, publicada por la SEP, con el propósito de incidir en la población semi-analfabeta. En todos estos escritos se pueden apreciar la capacidad didáctica y el interés del maestro por hacer accesible al público en general su concepción de la historia mexicana.

A partir de las tareas emprendidas con el maestro, puedo, a la distancia, valorar en mucho su aplicación del método jurídico en el oficio de la historia. Sus objetos de estudio historiográfico los elegía como escoge un abogado defensor al acusado que representará. Insistía con frecuencia en que él optaba por estudiar a los historiadores desechados, abandonados, tachados de ilusos o de mentirosos. Así, se aproximó a las obras históricas de José de Acosta, Pedro Mártir de Anglería,

⁹ Fue editada por Salvat, en México, en 1978. Su escrito fue revisado y con adiciones lo publicó SEP-CONASUPO en 1981, en la serie *Cuadernos mexicanos* núm. 90.

Gonzalo Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas, Toribio Motolinía, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Servando Teresa de Mier y Carlos María de Bustamente, entre otros.

A O'Gorman le interesaba entender la intencionalidad de sus historias, más que sentar a estos autores en el banquillo de los acusados por ofrecer al lector datos equivocados o contradictorios. Sus cuestionamientos a los textos reflejaban su habilidad de abogado litigante y ofrecía siempre el beneficio de la duda. Leíamos una, dos y tres veces los diversos manuscritos de las obras motivo de estudio, con el propósito de reconocer a los autores en sus historias e identificar el sentido de éstas, la intencionalidad del que escribe, tal como el abogado trata de indagar si su defendido es una víctima o un criminal.

Aunque el principal objetivo de nuestro seminario fue la reconstrucción textual basada en el cotejo riguroso de los varios manuscritos de una obra, en la marcha el maestro siempre nos invitó a cultivar la imaginación, elemento indispensable como motor de la escritura. El historiador con imaginación genera ideas y éstas habrán de fundamentarse en la investigación documental. A diferencia del escritor, debe apoyar su revelación en un trabajo empírico y hermenéutico documental y en ese proceso ha de someter a sus fuentes a un juicio crítico.

En la reconstrucción de los textos, O'Gorman insistió siempre en la tarea inevitable de ubicar y comprenderlos en su contexto histórico. Para ello elaboraba siempre exhaustivas efemérides de los procesos europeos y novohispanos en general, y del escritor

en turno y de sus contemporáneos en particular. El trabajo más exhaustivo en esa línea lo realizamos durante varios años y lo publicamos después de su muerte en un disco compacto: *Una ventana al siglo XVII* (Seminario 2001).

Su ambición era la búsqueda de la grafía original hasta donde fuera posible. Excelente paleógrafo, nos hacía desmenuzar párrafo por párrafo y aún en palabras que no hacían sentido, letra por letra. Recuerdo una sesión en la que por dos horas discutimos si dejábamos una palabra u otra. De nuestra decisión dependería el sentido del texto. Lo propio hicimos en ocasiones en relación con la puntuación.

En las notas a pie de página de los textos construidos aflora la vena neopositivista de O'Gorman. Era extremadamente obsesivo al consignar en notas, los cambios de letras, las omisiones o adiciones, así como las diferencias entre copia y copia del manuscrito. Había un afán de no perder detalles que a los ojos de otro historiador pudieran constituir claves en la lectura, comprensión e interpretación de los textos.

Una constante en la definición de su perfil del historiador era que quien escribe historia tiene que contar con experiencia de vida. Asumía la historia revelación como una disciplina propia de la madurez. A la distancia, es importante reconocer, también, la tolerancia como una virtud que debe cultivar el historiador. Lejos de la imagen combativa e intolerante del O'Gorman que algunos de sus contemporáneos vislumbraron en él, nosotros departimos con el maestro comprensivo que, con la edad, reconoció y valoró el trabajo histórico de sus pares.

No comulgó con el modo de ejercer el oficio de la escritura de la historia de Silvio Zavala, ni la orientación hacia la historia económica promovida entonces por Enrique Florescano; sin embargo, en el tiempo apreciamos cómo suavizó sus críticas y valoró las diferencias. Un ingrediente sustantivo del maestro O’Gorman fue su código ético fundamentado en valores cristianos. De niño fue monaguillo en la iglesia de El Carmen, en San Ángel. Ya mayor, se profesaba católico, no practicante pero profundamente guadalupano. Ampliamente generoso con sus discípulos y con sus próximos, sustentaba sus acciones en el concepto de caridad cristiana adquirido en el seno familiar. Unos años antes de su muerte, dispuso que en la capilla funeraria donde habrían de ser velados sus restos se colocara un cuadro de la virgen de Guadalupe. Era exigente en sus principios éticos en el ejercicio del oficio; sus alumnos fuimos testigos de la indignación que le causaba descubrir dolo en los historiadores que hacían afirmaciones con base en datos falsificados.

O’Gorman y el pueblo mexicano

No puedo dejar de mencionar como una preocupación existencial que marcó siempre la vida y obra de Edmundo O’Gorman, su identidad como mexicano y la profesión de aprecio a su patria. Este amor patrio lo expresó de múltiples maneras. En su interés por fomentar la preservación e investigación de los acervos documentales del país¹⁰; en sus

¹⁰ Cabe mencionar aquí su trabajo de 1938 a 1952 en el Archivo General de la Nación y los numerosos documentos que seleccionó, paleografió y publicó en el *Boletín* de esa institución. A

combates por la defensa del patrimonio monumental¹¹; en la conformación de una magnífica biblioteca que respondió al deseo de la empresa CONDUMEX de garantizar un acervo bibliográfico mexicano; en el respeto a las instituciones, particularmente cuando se refería formalmente a la investidura presidencial¹². Puntualmente, dejó manifiesta su fidelidad al país en el discurso que pronunció con motivo de ser distinguido con el Premio Nacional de Letras, el 28 de noviembre de 1974, cuyo título es *Del amor del historiador a su Patria*.

Al tiempo en que compartimos con nuestro maestro las lecturas de las obras históricas de Alva Ixtlilxóchitl, pudimos escuchar, también de viva voz, cómo su concepción de la historia del México virreinal y del primer siglo del México independiente se hallaba escrita en dos breves textos: *Meditaciones sobre el criollismo* y *Supervivencia política novohispana*. Su enorme preocupación por el devenir del país en la crítica década de los años setenta, lo llevó a escribir un tercer texto interpretativo sobre la realidad mexicana contemporánea. Muchos martes, antes de iniciar las tareas en el Seminario, escuchamos los avances en la escritura y la conclusión de su *México el trauma de su historia* (1977b).

Fuimos partícipes de las que se podrían calificar como sus pasiones intelectuales: la política contemporánea y la identidad del mexicano. No había semana en que la conversación del maestro no se centrara en los sucesos políticos del México contemporáneo, que siempre fueron explicados como efectos del tormentoso siglo XIX en el que las facciones liberales y conservadoras, lejos de

propósito de la ciudad de México, la dirección de la *Guía de Actas de Cabildo de la ciudad de México, siglo XVI*, México, FCE-DDF, 1970.

¹¹ Tuvimos noticia de viva voz del maestro, de su defensa del Altar del Perdón de la Catedral de México, del Palacio Nacional con motivo de la construcción del *Metro*, del edificio panóptico de la cárcel de Lecumberri, entre otros.

¹² Uno de sus mayores atractivos políticos anuales era ver por televisión, en compañía de su alumno Eduardo Blanquel, el informe presidencial. Le parecía atractivo relatarnos con cierta solemnidad, sus varias entrevistas con los presidentes de México.

dotar con creatividad de un ser político a la nación, devastaron al país con una sucesión de guerras en aras de adoptar, por imitación, modelos políticos ajenos a la realidad mexicana.

La pasión por la política mexicana, explicada en el ámbito internacional, sólo fue superada por la que le acompañó toda su vida y que marcó indiscutiblemente su tarea historiográfica; me refiero a la identidad: la de América y los americanos, y la de México, lo mexicano y los mexicanos. Nacido en el seno de una familia anglo-mexicana, abrevó desde su infancia valores, principios y prácticas cotidianas que le motivaron a una constante reflexión para identificar lo que le constituyó y lo llevó a asumir la identidad mexicana. En esto fue representativo de su generación que, surgida de una revolución social, buscó reafirmar la unidad nacional en una identidad sustentada en la historia patria.

Un mensaje a los mexiquenses

En numerosas conversaciones, el doctor Edmundo O’Gorman, nos declaró su gratitud hacia la Universidad Autónoma del Estado de México, motivada porque habiendo estudiado en la Escuela Libre de Derecho cuando aún no tenía reconocimiento oficial, aquélla reconoció dichos estudios a varias generaciones, entre ellas la del doctor O’Gorman. El primer año como abogado litigante lo ejerció con un título expedido por esta Universidad.¹³

¹³ Este dato no se ha podido corroborar.

Fue explícita su admiración por la naturaleza, el arte y la historia de la *Nación chichimeca*. Con su amigo Justino Fernández recorrió numerosas rutas del territorio mexiquense y admiró en ellas los restos del pasado prehispánico. En el tiempo de las lecturas de los relatos de Ixtlilxóchitl, sus experiencias en el reconocimiento del valle de México siempre fueron motivo de conversación. Así sucedió, por ejemplo, cuando cambiamos impresiones sobre los “Baños de Nezahualcóyotl” en el cerro Tezcutzingo y sus “Jardines de Cozacacoaco” en la añeja ex hacienda de Molino de Flores.

O’Gorman, sensible a la arquitectura, fue admirador de los monumentales conventos mexiquenses. Cuando reconstruimos el *Libro perdido* de Motolinía, nos participó en varias ocasiones sus vivencias en esos magníficos monumentos: el convento de Huexotla, donde Jerónimo de Mendieta había escrito su *Historia eclesiástica indiana*; Otumba y los arcos del padre Tembleque, experiencias inolvidables, acaso por su vocación al trabajo y la lectura en soledad que lo aproximaban a una rutina conventual. Nos comentó de sus varias estancias en el convento de Acolman en las que, con su amigo Justino, trataron de recrear dicha rutina. Tanto debió marcarles estas vivencias que éste las tuvo entre lo más significativo de su amistad con el historiador:

Nuestro entusiasmo por los monumentos de las primeras épocas de la Nueva España nos llevó a cumplir el deseo de experimentar —no muy en serio— la vida monacal. Nos posesionamos por ocho días de unas celdas del convento de Acolman. Llevamos catres plegadizos, cobijas, linternas, libros, papel y plumas, lo demás lo improvisamos; unas tablas eran las mesas de trabajo. Nos impusimos reglas: desayunarnos muy temprano, trabajar todo el día, comer a las cinco de la tarde y acostarnos apenas caída la noche. Estudiamos el monumento con detalle, nos intrigaba qué partes de él eran la primitiva, la posterior y la última. Edmundo especulaba sobre todo ello, mientras yo dibujaba el mural de Santa Catarina en la capilla abierta. En algunos ratos libres leíamos la *Vida interior*, de Palafox o el *Santo Tomás* de Chesterton. La experiencia nos gustó, pero no la

resistimos por mucho tiempo. Sin embargo, insistimos en ella por dos veces más en otras vacaciones (Fernández 1976).

Su último curso de historiografía

En 1979 los edificios de la Universidad Iberoamericana se derrumbaron a causa de un sismo. Durante unas semanas, el Seminario de O'Gorman se canceló, pues tuvimos que esperar que de las ruinas de la oficina de la directora del Departamento de Historia, la maestra Beatriz Ruiz Gaitán, se rescataran los materiales de nuestro seminario. Recuperados nuestros ficheros y las copias de nuestros manuscritos, acudimos cada martes a su casa en San Ángel a continuar la reconstrucción del libro perdido de Motolinía. Después de casi diez años de trabajo, nos trasladamos, en 1988, a nuestras nuevas instalaciones, prácticamente en obra negra. Entonces, el doctor O'Gorman, en señal de solidaridad con las autoridades y emocionado por la resurrección de nuestros espacios, ofreció acudir a Santa Fe e impartir a los nuevos alumnos del posgrado un curso de Historiografía Universal. Entre quienes tomaron las últimas lecciones del doctor O'Gorman se encontraron dos maestras de la Universidad Autónoma del Estado de México; podríamos imaginarlas, en una analogía, como dos semillas que el doctor legó a esa institución.

Bibliografía

Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de (1972), *Nezahualcóyotl Acomiztli 1402-1472*, [selección de textos y prólogo por Edmundo O'Gorman], México, Gobierno del Estado de México.

——— (1975), *Obras históricas*, [Estudio, introducción, apéndices y edición de Edmundo O'Gorman], México, UNAM, 2 vols.

Fernández, Justino (1976), "Edmundo O'Gorman, su varia personalidad", en *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*, México, UNAM, 434 pp.

López Austin, Alfredo; Edmundo O'Gorman y Josefina Zoraida Vázquez (1975), *Un recorrido por la Historia de México*, México, SEP, [Sepsetentas 200].

Motolinía, Fray Toribio (1989), *El libro perdido. Ensayo de reconstrucción de la obra histórica extraviada de Fray Toribio*, [trabajo realizado en el seminario de Historiografía Mexicana de la Universidad Iberoamericana, dirigido por Edmundo O'Gorman], México, CONACULTA.

O'Gorman, Edmundo (1937), "Breve historia de las divisiones territoriales. Aportación a la historia de la Geografía de México", *Trabajos jurídicos de homenaje a la Escuela Libre de Derecho. XXV aniversario*, México, Polis.

——— (1977a), *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*, México, Fondo de Cultura Económica, [2ª. ed.].

——— (1977b), "México el trauma de su historia", en *Edmundo O'Gorman, imagen y obra escogida*, México, UNAM/Coordinación de Humanidades, [Col. México, UNAM, 73].

——— (1986a), *Destierro de Sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas.

——— (1986b), *La falacia histórica en la proposición del doctor Miguel León Portilla para conmemorar los aniversarios y V Centenario del día 12 de octubre de 1492 como "El Encuentro del Viejo y Nuevo Mundos"*, México, San Ángel, 14 de octubre, [doc. Mecanuscrito].

Seminario de Historiografía Mexicana de la Universidad Iberoamericana (2001), *Una ventana al siglo XVII mexicano*, México, Fomento Cultural Banamex/INAH/Universidad Iberoamericana, [formato CD].

Teresa de Mier, Fray Servando (1978), *Ideario político*. Caracas, Ayacucho, [Biblioteca Ayacucho 43].

—— (1981), *Obras completas. I. El heterodoxo guadalupano*, [Estudio preliminar y selección de textos por Edmundo O’Gorman], México, UNAM.

Tucídides (1974), *Historia de la Guerra del Peloponeso*, [Introducción de Edmundo O’Gorman], México, Porrúa, [Sepan cuantos 290].

LAS MEDITACIONES DE DON EDMUNDO O'GORMAN EN TORNO AL SENTIDO DE LA REVOLUCIÓN DE AYUTLA

Antonia Pi-Suñer Llorens

Universidad Nacional Autónoma de México

Agradezco a la Universidad Autónoma del Estado de México y al Centro INAH del Estado de México su amable invitación para participar en el homenaje que discípulos y amigos rendimos al doctor Edmundo O'Gorman al cumplirse cien años de su nacimiento. Empiezo por aclarar que no puedo presentarme como discípula del maestro, ya que no formé parte de aquellos colegas que tuvieron la suerte de seguirlo tan de cerca durante largos años; sin embargo, me enorgullece haber sido su alumna y haber tenido el honor de recibir sus enseñanzas, por lo que me complace enormemente estar aquí recordándolo. Debido a esta relación menos directa, no pretendo rivalizar con sus discípulos ni en un conocimiento más íntimo de su carácter ni en una gran familiaridad con su pensamiento. Quisiera, pues, en primer término, evocar al maestro tal y como yo lo conocí en mis tiempos de estudiante y referirme, después, a un tema que don Edmundo abordó tempranamente, en 1954, al que tituló como "Precedentes y sentido de la revolución de Ayutla" en que planteó, analíticamente, su teoría sobre la dicotomía del México de la primera mitad del siglo XIX, y que luego amplió en su obra posterior.

Paso a evocar al maestro. Fue en el primer semestre de la carrera que me inscribí en una asignatura impartida por el doctor O'Gorman: *Geografía histórica*

general. En el segundo, cursé con él *Historiografía general II* y, en el tercero, *Filosofía de la historia*. Las tres materias eran obligatorias y, se decía, difícil de acreditar. La primera vez que asistí a una clase suya, me impresionaron tanto su tono de voz como su figura —pues era alto, bien parecido y, sobre todo, iba siempre muy bien vestido, con su gasné y su chaqueta de *tweed*—. Enseguida, me cautivaron su personalidad y el modo de captar nuestra atención, aunque de momento me intimidaron su agudeza y su ironía. En *Geografía histórica*, nos hizo ver, sin mapa, —insisto, ver— cómo se había ido definiendo el contorno del mundo, cómo se había descubierto América, por qué consideraba que se había tratado de una invención, las consecuencias que había tenido este hecho, etcétera. En *Historiografía general* abarcamos desde el Renacimiento con Maquiavelo hasta el siglo XX con el historicismo. No se detuvo a explicarnos algo de cada uno de los historiadores, sino que escogía a dos o tres de cada siglo y profundizaba en su explicación, dedicando varias sesiones a cada uno. En *Filosofía de la historia*, se propuso hacernos reflexionar sobre el sentido de la historia, transmitiéndonos cuál había sido la idea de la misma de algunos historiadores y aun filósofos.

Los exámenes que hacía el maestro eran totalmente fuera de lo común. Dictaba las preguntas que debíamos resolver en casa, ya fuera con nuestros apuntes o con la fuente que quisiéramos, pues le interesaba infundirnos un espíritu analítico, más que aprendiéramos al pie de la letra lo que nos había explicado en clase. Así, nos daba quince días para entregar el examen, tiempo suficiente, decía, para investigar y reflexionar sobre el quehacer al que estábamos dedicando nuestra carrera. Guardo aún copia de dos de estos exámenes. En el de *historiografía*, por ejemplo, nos pidió una explicación y crítica sobre las objeciones de Descartes a la ciencia histórica, una exposición general del curso que nos había impartido, seguida de nuestra opinión personal, y un tema libre a elegir. En el de *Filosofía de la*

historia pidió que explicáramos la idea de la historia de Kant; qué sentido tenía la historia para nosotros y, finalmente, qué objeto pensábamos que tenía el saber histórico. El maestro no quería que le entregáramos más de cinco hojas, pues odiaba “los rollos”. El examen tenía que ser escrito a máquina, ya que desde el principio nos hizo saber que no estaba dispuesto a perder su tiempo tratando de descifrar nuestra escritura. Eran tiempos en que los maestros imponían sus reglas y los alumnos sólo debíamos obedecerlas.

Don Edmundo fue el presidente del jurado que me examinó para obtener mi título profesional. Recuerdo que el más joven de los sinodales, el doctor Tarcisio García, prácticamente de mi edad, me empezó a hablar de tú. El maestro le llamó inmediatamente la atención diciéndole que estábamos en un acto académico muy significativo y que debía respetar las formas, hablarme de usted y dirigirse a mí como señorita Pi-Suñer. Aquello resultó un poco chusco: en ese momento, yo tenía ¡ocho meses y medio de embarazo!

Años después, asistí al *Seminario de historiografía*, extra curricular, que el doctor O’Gorman dirigía los martes de cada semana y cuyo objeto de estudio era la *Apologética historia* de Fray Bartolomé de las Casas. En dicho seminario aprendí la importancia de la lectura de un mismo texto en conjunto, la rigurosidad con que debía realizarse un verdadero análisis de texto, de cómo había que interrogar al autor, descubrir sus intenciones y realizar el examen crítico de sus fuentes. Me percaté tanto del trabajo que conllevaba la anotación precisa de un texto para que un clásico se volviera comprensible para cualquier lector como del amor, y aún pasión, que se requería por el oficio. Seguramente fue debido a aquel Seminario — y a los cursos que tomé con otros maestros muy queridos, ambos discípulos del doctor O’Gorman, don Juan Antonio Ortega y Medina y Josefina Zoraida Vázquez,

ahora colega y gran amiga—, que opté por especializarme en la historia de la historiografía mexicana.

Dejé de asistir a aquel memorable seminario, que se prolongó varios años, porque cambié la carrera de historia por la de mamá de tiempo completo. Al cabo de diez años, cuando regresé a la Facultad como adjunta de la maestra Rosa Camelo en la asignatura *Historiografía de México*, de vez en cuando me encontraba al maestro en los pasillos. Don Edmundo no sólo había adquirido un gran prestigio, sino que su figura era aún más imponente. Yo lo saludaba siempre con cierta timidez diciendo “no sé si se acuerda usted de mí”, a lo que él contestaba, “como no, Toña, ¿qué te has hecho?” Mi cariño, admiración y gratitud por haberlo tenido como maestro crecieron con el tiempo y, una vez reincorporada a la vida académica, lo acompañé en ocasión de los distintos homenajes de que fue objeto ya fuera por sus cumpleaños o por haber recibido algún premio, de los tantos que recibió.

Paso ahora a la segunda parte de mi exposición. Como dije antes, en 1954 don Edmundo escribió su artículo “Precedentes y sentido de la revolución de Ayutla”, publicado en el libro *Plan de Ayutla. Conmemoración de su primer centenario*, editado por la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, y que, en 1960, fue reproducido en *Seis estudios históricos de tema mexicano*, publicado por la Universidad Veracruzana y, en 1990, en el número 16 de *Secuencia*, la revista del Instituto Mora. Por tanto, el artículo en que me centraré, aunque reeditado varias veces, fue escrito hace cincuenta y dos años y consiste en una reflexión, muy al estilo filosófico del maestro, sobre lo que significó la revolución de Ayutla en el devenir histórico de México. En él planteó la teoría que ya había esbozado en su primera obra en torno a Fray Servando Teresa de Mier sobre la dialéctica de las utopías decimonónicas mexicanas que trataron de construir la nación. Esta idea sería el *leitmotiv* de los seis artículos que conforman el

libro *La supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, escritos en 1967, con motivo del centenario del triunfo de la República y que luego culminaría en su magna obra *México. El trauma de su historia* para explicar el conflicto conservador-liberal al que consideró el gran eje de nuestra historia.

Para aprehender el sentido de la revolución de Ayutla, el doctor O’Gorman se propuso hacer una revisión del devenir histórico de México a través de sus documentos más importantes y llevar de la mano al lector por “la confusa marcha del liberalismo mexicano”, desde la guerra de independencia hasta 1854. Con tal objeto dividió su discurso —de apenas 50 páginas— en seis apartados, precedidos de una introducción y terminados con unas reflexiones. Su artículo resultó, a mi parecer, una obra maestra tanto desde el punto de vista del fondo, es decir, de la investigación y del análisis, como de la forma y la estructura.

Don Edmundo escribió este artículo por encargo para la conmemoración de un hecho que la historiografía liberal, la oficial, había canonizado. Así, en la introducción apunta que antes de “aceptar sin discrimen la santificación oficial” de que aquella revolución fue el parteaguas del México reformista, el historiador verdaderamente liberal debe analizar y reflexionar sobre los hechos, para luego aceptar esta interpretación o no. Y dice:

Es muy cómodo hacerse dueño del nombre de liberal subiéndose al carro de las interpretaciones hechas; pero quien de veras aspire aún hoy en día a tan alto honor debe tratar de merecerlo de algún modo: con sus actos y con su inteligencia; y si alguna es tarea liberal es la del historiador que se rehúsa a convertir en dogma la sentencia de sus predecesores, por más que le inclinen el corazón (1990: 64).

Siguiendo con este planteamiento, O’Gorman propone que analicemos juntos aquella revolución para encontrar su verdadero sentido y que lo hagamos partiendo de la hipótesis de que por lo menos desde la insurgencia, la historia de México es “la de un pueblo atenazado por dos utopismos contrarios, por dos sueños en pugna y que en la dialéctica de esa oposición encuentra el Plan de Ayutla su perspectiva adecuada” (1990: 64).

En el primer apartado, “La paradoja de Ayutla”, el maestro nos recuerda que hubo dos versiones de dicho plan: el original y el reformado en Acapulco. Luego de analizar y contrastar ambos documentos, llega a la conclusión de que el verdaderamente liberal —y aún federalista y democrático— era el original. El reformado, en cambio, si bien respondió a la intención del general Ignacio Comonfort de evitar que se estableciera, por la vía legal, la monarquía —lo cual era una posibilidad viable— dejó abierta la puerta para otra posibilidad: la de un dictador reformista que no tendría más restricción que “la de respetar inviolablemente las garantías individuales”, tal y como lo estipulaba el artículo tercero (Olavarría, 1980: 398). Con ello, señala don Edmundo, el plan reformado en Acapulco conjugaba las dos “razones” o “tradiciones” históricas mexicanas (1990: 68).

La explicación de cuáles fueron estas dos razones históricas ocupan el siguiente apartado, titulado “Ilustración, tradicionalismo y democracia”. O’Gorman se remonta al siglo de las luces para deducir la influencia que tuvieron en el movimiento insurgente tanto el racionalismo como la convicción de la perfectibilidad del hombre, ideas que inevitablemente se mezclaron con la tradición católica del mundo hispano. Si a esto se añade el romanticismo democrático de principios del siglo XIX, fácilmente se comprenderá que aquel movimiento resultó ser, en palabras del maestro, “una mezcla ecléctica de

postulados de la Ilustración, de pasiones y anhelos románticos y de tradicionalismo católico” (1990: 71).

De esta mezcla surgió “El legado dualista de la insurgencia”, título del tercer apartado en el que don Edmundo nos propone analizar cinco documentos para convencernos de su teoría. Los tres primeros son la *Proclama a la nación americana*, de 1810; el *Decreto* de Guadalajara, del padre Hidalgo; y el *Manifiesto y plan de paz y de guerra* de don José María Cos, de 1812, documentos que le permiten comprender el programa inicial de la insurgencia. Luego de analizarlos llega a la conclusión de que aquellos prohombres, antes que nada, buscaban la reforma de su entorno social, por lo que querían que se les reconociera el derecho a gobernar al país como una entidad política independiente de la española, pero como parte integrante de la monarquía hispánica. En el *Acta de la declaración de la independencia de la América Septentrional* de 1813 y luego en la Constitución de Apatzingán, de 1814, el maestro encuentra que los insurgentes dieron dos pasos más allá: primero rompieron todo vínculo con el trono español y, segundo, buscaron nuevas instituciones en el republicanismo democrático. Con esta solución, el ideario insurgente dio una vuelta completa, puesto que en su primera etapa se había aceptado, en última instancia, al rey de España, con lo cual se pretendía lograr la prosperidad sin alterar el sistema existente. Por su parte, en Apatzingán, dice el maestro, nació “la tendencia, tan patente en nuestro fervor legislativo, de ver en la norma constitucional un poder mágico para el remedio de todos los males” (1990: 79).

El cuarto apartado se titula “Dos utopismos: Apatzingán e Iguala”. En él, don Edmundo contrasta la Constitución de 1814 con el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba, y llega a la conclusión que en Apatzingán, una vez estipulada la ley y erigido el catolicismo como religión de Estado —influencia del

tradicionalismo religioso— se decidió evitar la concentración del poder en un solo hombre y dar mayor poder a la representación popular, aunque la organización del país sería centralista. Por su parte, en el plan de Iturbide imperó la razón tradicionalista, “la idea de un poder ejecutivo omnímodo con un mínimo de trabas legales” (1990: 81), propuesta que, sin embargo, insiste O’Gorman, no fue la solución clásica del déspota ilustrado, porque se trataba de un magistrado popular que gobernaría con el concurso de una representación nacional, concediendo con ello un espacio al elemento moderno democrático. Así fue como quedaron “frente a frente” las dos encarnaciones de las tendencias que había dejado la lucha insurgente: los proyectos de una república centralista teocrática y de una monarquía templada y democrática. Estas dos posturas, insiste don Edmundo, son razones históricas que es inútil tratar de explicar o hacer desaparecer con declaraciones maniqueas, ambas “nos pertenecen en el pasado entrañable y su diálogo es el proceso forjador del ser nacional” (1990: 84).

En el siguiente apartado, “Las tentativas de realización: el imperio y la república”, encontramos la exposición de cómo se implementaron estas dos utopías. Primero triunfó la postura del hombre providencial al proclamarse a Iturbide como emperador, quien supuestamente llevaría al país por la senda de la gloria, si bien acompañado por el elemento popular que era el Congreso. Como era de esperar, aclara el maestro, al hombre de la Providencia le estorbaría el elemento popular como en lo sucesivo se seguirían estorbando. Éste logró que cayera el monarca y se estableció así la república; con ello, México empezó a “ensayar” el gran sueño democrático liberal que en ese momento quedó adscrito al federalismo. Don Edmundo propone que en el primer imperio y en la primera federación hubo intentos de conjugar las dos soluciones para lograr el gran proyecto común de regeneración social. En ambos casos se hicieron concesiones a la tendencia

contraria: el imperio admitió el principio de la representación democrática; la república se avino a la necesidad de una magistratura suprema confiada a un solo hombre.

Estas concesiones iniciaron un “proceso de síntesis”, título del último apartado, que culminó en Ayutla. O’Gorman nos lleva ahora de la mano por el acontecer político mexicano de 1835 a 1854. Éste, señala, si bien ofrece “un espectáculo indecible de tristeza”, pues parece mostrar “la congénita incapacidad de nuestro pueblo para gobernarse y para establecer las bases de una convivencia civilizada”, tiene un resquicio por donde entra “una luz en tanto desorden” (1990: 89). Dicha luz permite ver que nuestros antepasados fueron comprendiendo que era preciso integrar las dos tendencias enemigas en una fórmula de síntesis, en lugar de seguir el equívoco camino de las concesiones mutuas. Continuando con el análisis minucioso de los documentos, don Edmundo se detiene en las Siete Leyes, código que, a su parecer, fue el primero en intentar la síntesis de las dos grandes tendencias contendientes, pero lo hizo tan tímidamente que dejó insatisfechos a los dos bandos. En las Bases de Tacubaya ve plasmada la idea de un poder ejecutivo omnímodo, encarnado en la figura de Santa Anna, que, sin embargo, sólo podía ser responsabilizado ante el Congreso constitucional. Por ello, al no entenderse con la representación popular, don Antonio decidió disolverla y sustituirla por una junta de notables. A ésta se debió la segunda constitución centralista llamada *Bases de la organización política de la República Mexicana*, promulgada el 13 de junio de 1843 que, de nuevo, trató de ser “un intento conciliatorio de la reacción”, si bien con la idea de mantener el predominio de una fuerza a base de concesiones a la otra, no basada en una integración. Santa Anna siguió con el poder investido de las facultades “fabricadas” en Tacubaya hasta que una rebelión lo llevó al destierro.

Así fue como los liberales moderados llegaron al poder en 1845 y cómo, concentrados en evitar la guerra con Estados Unidos, fueron víctimas de un golpe de Estado que se proponía cambiar de régimen. La reacción, habiendo perdido la esperanza de encontrar la solución en el centralismo, vio ahora en la monarquía la única posibilidad de poner un dique a la amenaza de Estados Unidos y a los excesos, tanto de los federalistas puros como de “los candidatos a héroes nacionales” (O’Gorman, 1990: 92). El maestro vio en este proyecto una solución de síntesis propuesta por los conservadores, ya que la monarquía que impulsaban era constitucional. Vino inmediatamente la guerra con el vecino del norte y la consiguiente mutilación del país. Los liberales moderados retomaron el timón del Estado, nacido del Acta constitutiva y de reformas del 21 de mayo de 1847, pero el país estaba deshecho y al borde de la anarquía. El presidente tenía facultades muy restringidas frente a un Congreso que lo paralizaba, lo cual inevitablemente culminó con la caída del nuevo gobierno federalista. El centralismo volvió a imponerse con Santa Anna a la cabeza, al servicio, primero, de los conservadores que le propusieron las *Bases para la administración de la república*, y luego, de sólo él mismo, convirtiéndose en un verdadero déspota. Al decir del maestro, este último episodio de nuestra historia sirvió de lección al partido liberal para convencerse de que “sin un hombre fuerte” no sería posible ni gobernar ni consolidar el programa de la reforma.

Llegamos así a las reflexiones finales que llevan el título de “El sentido de la revolución de Ayutla”. Para meditar sobre dicho sentido, el maestro recurre al Estatuto orgánico provisional de José María Lafragua, de mayo de 1856, al que considera el documento más importante para aprehender la trascendencia de aquella revolución. En él encuentra el inicio del proceso sintetizador por el lado liberal: la intención de integrar los principios democráticos con un poder firme y

enérgico que mantuviera la paz, a fin de introducir la fórmula deseada. Según don Edmundo, “la tesis es clara: lo esencial no es el hombre fuerte; no es el príncipe demócrata de los conservadores; lo esencial es el principio democrático mismo. Las miras no son, pues, personalistas; las miras son la reforma social y el progreso: la igualdad y la legalidad son las bases de todo” (1990: 95). Dentro de esta lógica de pensamiento, encuentra que la Constitución de 1857 fue la que vino a impedir que se concretara este propósito, al limitar extremadamente al Ejecutivo. Por ello considera que aquella Carta Magna no resultó hija de la revolución de Ayutla, pues el poder que dio al Legislativo era contrario al espíritu de la misma. Fue, en sus propias palabras, “el postrer ensayo purista de la tendencia democrática así como el santanismo había sido el último del providencialismo puro” (1990: 95).

Esto explicaría por qué Comonfort, “tímido y bueno”, no pudo gobernar con ella y la desconoció. Tuvieron que transcurrir diez años para que la propuesta de Ayutla diera sus frutos, ya que no fue sino hasta 1867, cuando, al triunfo de la República, se impuso una dictadura constitucional republicana. Ésta sería luego encarnada por Porfirio Díaz, cuyo vínculo con Comonfort, el maestro veía tan claro como estrecho.

El porfiriato resultó ser “la síntesis y liquidación y por eso la superación del gran diálogo entre los utopismos mesiánico-providencialista y teleológico-democrático que ya estaban en el grito de Hidalgo” (O’Gorman, 1990: 96). Aquel régimen había sido el heredero de Ayutla al lograr lo que se había propuesto esta revolución: la síntesis de las dos posiciones que habían enfrentado a los mexicanos de la primera mitad del siglo XIX, síntesis que había permitido al país progresar en paz. Si bien para 1910 ya “había sobrevivido a sus premisas y a su razón histórica”, era hora, insistió, de aceptar lo que había logrado don Porfirio.

El maestro llega así a la conclusión de que, en efecto, había que celebrar la revolución de Ayutla, pues ella fue la que hizo posible la reforma y “no contra la historia sino con la historia misma” (1990: 96).

Estas fueron las meditaciones del maestro en torno al significado de Ayutla. Hechas a más de cincuenta años de distancia cabe preguntarnos ¿cuáles serían ahora sus reflexiones sobre la confrontación que se vuelve a agudizar entre las nuevas versiones de los proyectos liberal y conservador? Me temo que volvería a repetir aquellas palabras que escribió para referirse al México independiente: “veo un espectáculo indecible de tristeza” que parece mostrar “la congénita incapacidad de nuestro pueblo para gobernarse y para establecer las bases de una convivencia civilizada” (1990: 96). Junto con él, quisiera encontrar también aquella resquicia que permite la entrada de luz y confiar en que nuestros contemporáneos estarán con la historia y no contra ella, y serán capaces de encontrar una nueva fórmula de síntesis de las dos tendencias opuestas.

Bibliografía

O’Gorman, Edmundo (1990), “Precedentes y sentido de la revolución de Ayutla”, *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, núm. 16, México, Instituto Mora.

Olavarría y Ferrari, Enrique (1980), “Plan de Ayutla reformado en Acapulco”, en “México independiente”, en Vicente Riva Palacio (coord.), *México a través de los siglos*, México, Cumbre, t. VIII.

ALGUNAS IDEAS DE O'GORMAN EN TORNO AL CONOCIMIENTO HISTÓRICO

Jaime Collazo Odriozola

Universidad Autónoma del Estado de México

Cuando oigo el nombre de Edmundo O'Gorman (1977), de inmediato surge en mi memoria La invención de América, obra que su propio autor consideró, al menos hasta 1976, como "la menos indigna de exponerse de nuevo a los rigores de la luz pública", lo cual significaba, no solamente su clara preferencia, sino también, en un terreno menos inmaterial, aquella a la cual dedicó más tiempo durante su vida.

Según su propio testimonio, en 1940 un encargo para la reedición de la obra de José de Acosta (1940) engendró una duda sobre la explicación tradicional del descubrimiento de este continente, según lo expresado en el prólogo a la edición de 1977.

Historiador y filósofo, se distinguió por sus agudas críticas a las interpretaciones general y mayoritariamente aceptadas sobre diversos procesos del pasado humano, lo cual lo descubrió como un formidable polemista, terreno donde parece haberse sentido más a gusto. Quizá su controversia más famosa haya sido la sostenida con Marcel Bataillon, en la primera mitad de los años cincuenta, precisamente sobre el tema de la llegada "oficial" de los europeos a este continente, publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México junto con la correspondencia mantenida entre ambos (Bataillon 1955).¹⁴

¹⁴ Como todavía no había tomado forma definitiva La invención de América, la polémica se centró en una publicación antecedente: La idea del descubrimiento de América, historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos.

En todo el ciclo de sus trabajos acerca del descubrimiento de América, quedó plasmada, con claridad poco usual, su concepción acerca del quehacer historiográfico. Formado en las teorías del historicismo alemán, trabajó sobre las intenciones humanas productoras de acontecimiento y el sentido de esos acontecimientos. Así, para O’Gorman, la idea del descubrimiento de América se va formando lentamente, a medida que muchos viajes de europeos van recorriendo la costa este del continente y van postulando la existencia de una nueva parte del mundo. Quienes llegaron a estas playas el 12 de octubre de 1492, no buscaban un nuevo continente cuya existencia ignoraban. Tampoco se puede adjudicar a Colón “la gloria” por ese evento, por cuanto murió considerando que las tierras a las que había llegado eran las islas orientales de Asia. La hipótesis se inserta en su época. El tema fue tratado intensamente por otros historiadores en los años cuarenta y cincuenta, y con otros matices continuó provocando discusiones en el mundo académico, hasta el advenimiento del quinto centenario y los “festejos” respectivos.

Negar la existencia de un “descubrimiento de América” se constituyó para él en la tarea de una buena parte de su vida. Como lo establecería en el título de la versión definitiva de su hipótesis, América fue inventada por la cultura europea. En ese concepto englobaba el proceso por medio del cual el saber y la mentalidad colectiva de los europeos fue asimilando poco a poco la existencia de una cuarta parte del mundo, desconocida para ellos hasta después de 1492.

Todas las postulaciones que otorgan un peso importante a las decisiones humanas en el proceso histórico, incrementan significativamente el papel de la contingencia en el mismo. O’Gorman lo manifiesta con prístina claridad. En la entrevista realizada por Raquel Peguero, en 1992, con motivo de las celebraciones de quinto centenario, corroboró esa posición:

La historia no es causa y efecto, como ha querido verse, eso no funciona para la historia porque puede ir lo mismo para adelante que para atrás y entonces sería tanto como decir que el efecto del descubrimiento de esa isleta por parte de Colón, fue que Yeltsin corriera a Gorbachov o pa' atrás hasta llegar a la amiba que salió del agua para crear la especie humana. Definitivamente no es así, y le quita a la historia su aventura, como si todo hubiera sido predeterminado cuando sabemos que así como pasó pudo no haber sucedido (Ravelo 1995).

Casi toda la obra de O'Gorman se desarrolló en el terreno de la historia de las ideas, en la cual, el peso de los valores del historiador cobra una renta adicional sobre la normalmente recaudada por el conocimiento histórico en cualquier otro nivel de análisis. De esta manera se han escrito muchas obras maestras de la historiografía, como considero es el caso del libro motivo de este comentario.

Como mínimo desde Voltaire, basados en el inicio de la reciente cita, compartido por la comunidad de historiadores en todo el mundo, muchos pensadores han buscado formas para minimizar el papel de la contingencia en la explicación del pasado humano. Encontramos un itinerario cuyos hitos han sido el positivismo en el siglo XIX, el funcionalismo y el estructuralismo en la primera mitad del siglo XX. En polémica con la última tendencia surgió, hacia finales de la década de 1940, la teoría braudeliana de las "duraciones", cuyo éxito en todo el mundo se ha traducido en la aparición de una amplia serie de estudios sobre actividades parciales de los seres humanos y en nuevas formas de encarar el estudio histórico. En esa escuela nadie ha defendido la determinación de los acontecimientos sociales, pero al menos han buscado la forma de poner de manifiesto la mayor cantidad posible de condiciones necesarias para el

desarrollo de los procesos estudiados. Desde el punto de vista lógico, en la actualidad, la explicación histórica parece no ir mucho más lejos, lo cual es más contundente de lo que parece, si tomamos en cuenta que en epistemología general no hemos rebasado el nivel alcanzado por los filósofos clásicos griegos de los siglos VI al III antes de nuestra era. Esa evolución de la teoría y la metodología del conocimiento histórico han dejado obsoletas muchas formas antiguas de hacer historia. El historicismo ha sido una de ellas; sin embargo, a pesar de la limitación derivada del manejo de la historia de las ideas como un nivel autónomo, desprendido de los otros componentes del desarrollo social, la obra de O'Gorman sobre la idea del descubrimiento de América sigue siendo un exponente maravilloso de las posibilidades de ese camino, llevado a sus últimas consecuencias.

La edición de 1977 fue considerablemente ampliada. En su cuarta parte, el autor formula una interpretación de la evolución del continente americano en dos modelos de organización social, política e ideológica. Uno es lo llamado América Latina y el otro es el ofrecido por los Estados Unidos de América. Me sorprendió la forma en que la visión limitada a las ideas pudo empobrecer tanto el análisis. Sin duda, como todos quienes hemos sido formados en la segunda mitad del siglo XIX y casi todo el XX, fuimos marcados en profundidad por el positivismo. Evidentemente, O'Gorman no fue una excepción. Allí se hace el elogio de la civilización norteamericana por "dar libre curso al esfuerzo y al ingenio personales", características atribuidas por todos los historiadores a la burguesía emergente en Italia del Norte y Flandes desde el siglo XI. La "Nueva Jerusalem" a la que alude, fue, en sus inicios, casi completamente calvinista. Quienes la

sostuvieron no eran nobles, sino burgueses y, sobre todo, campesinos que habían luchado en la Metrópoli contra los privilegios del estado nobiliario. A diferencia de Nueva España o el Perú, en las colonias establecidas en Nueva Inglaterra no hubo nobles, allí llegaron perseguidos político-religiosos a realizar su ideal de vida, establecido por Juan Calvino en Europa, en exacta oposición al mensaje original del cristianismo. Por eso mismo no trajeron

...las viejas formas de vida importadas de Europa: las jerarquías sociales, los títulos nobiliarios, los privilegios de clase y, muy particularmente, los prejuicios contra los llamados oficios mecánicos y las labores agrícolas... (O’Gorman 1977: 157).

Todo lo allí enumerado no pudo “ir cediendo” porque era lo que en su tierra de origen rechazaban y por lo cual emigraban. Luego agrega:

En este programa de liberación y transformación el indígena quedó al margen por su falta de voluntad o incapacidad o ambas, de vincularse al destino de los extraños hombres que se habían apoderado de sus territorios, y si bien no faltaron serios intentos de incorporarlo y cristianizarlo, puede afirmarse que, en términos generales, fue abandonado a su suerte y al exterminio como un hombre sin redención posible, puesto que en su resistencia a mudar sus hábitos ancestrales y en su pereza y falta de iniciativa en el trabajo, se veía la señal inequívoca de que Dios lo tenía merecidamente olvidado (O’Gorman 1977: 157).

Herbert Spencer no podía haberlo expresado en forma más elocuente. No creo que O’Gorman compartiera esa interpretación, pero deja dudas la ausencia de comillas o de otro referente que remitiera a una opinión ajena.

La diferente manera de proceder y considerar el mundo, especialmente el del trabajo no significa ninguna mudanza, porque esos colonos puritanos, ya traían desde sus tierras de origen el culto al trabajo y por eso mismo no necesitaban mano de obra para realizar “su Jerusalem”; necesitaban las tierras de los nativos, pero podían prescindir de ellos.

La originalidad de los Estados Unidos respecto de su matriz europea procede de una circunstancia social. En Europa, la burguesía para realizarse debió luchar tenazmente, en forma nada metafórica, contra la nobleza holgazana, para desplazarla de la dirección de la sociedad, no por eso condenarla al exterminio. En esa lucha, la burguesía europea adquirió muchas de las costumbres de sus adversarios. La nobleza traía el prestigio de lo añejo, de costumbres consagradas por el tiempo. La burguesía fue adquiriendo muchas pautas de comportamiento, valores y hábitos de sus enemigos. Finalmente, debió no sólo convivir con ellos, sino mezclarse familiarmente, para dar por resultado un nuevo grupo dominante. La ausencia de nobleza permitió a la burguesía desplegar sus características libremente, sin limitaciones ideológicas de ningún tipo, llevándolas a su plenitud.

Nunca hubo en el mundo otro país tan completamente hechura de la burguesía como los Estados Unidos de América. Por eso mismo, “se esmeraron en crearlas [las riquezas] arrasando bosques, segando pantanos y en general, transformando lo inútil en útil, lo yermo en fructífero y lo inhóspito en habitable” (O’Gorman 1977: 158). Todavía en 1977 eran raros y, generalmente europeos, los movimientos ecologistas. En 1958 no existían y tampoco había mucha difusión acerca de nadie que hubiera alertado sobre la destrucción del medio ambiente. Recuerdo el primer artículo llegado a mis manos sobre la futura escasez del agua, escrito por un alemán, en 1971, publicado en español por el Semanario Marcha de Montevideo. Comentando en una clase con un profesor, considerado generalmente como progresista, sostuvo que le parecía demasiado alarmista, ante la sorpresa de casi todos los alumnos. Las ideas de O’Gorman no creo que hubieran sido objetadas por nadie en aquellos

tiempos. Esto significa que no estaba hablando de lo mismo que estaría hablando ahora quien formulara esas mismas afirmaciones. Pero siempre me ha sorprendido la insistencia con que se ha repetido, desde el siglo XIX, la identificación de los Estados Unidos con la libertad. Tampoco en esto es una excepción O’Gorman, cuando dice: “...elevaron a valores sociales supremos la libertad personal...” (O’Gorman 1977: 158). Hasta 1853 fue un país legalmente esclavista. Luego de esa fecha ya no hubo esclavitud, pero el racismo siguió siendo una característica distintiva de gran parte de la sociedad norteamericana, como mínimo hasta los años 60 del siglo XX. Esa circunstancia puede ser interpretada como una exaltación inconsciente de los pueblos europeos, identificados con lo que en otros tiempos se llamaba “la raza blanca”. El “país de la libertad” recibía gustoso a los emigrantes blancos europeos, pero condenaba a los habitantes originarios al “exterminio” y traía población de África para ser esclavizada. ¿Todavía no existía “naturaleza” humana o “especie humana”? Según Benedetto Croce, esa idea de humanidad fue creada por los cristianos en los primeros siglos de nuestra era, al considerar que todos los hombres tenían espíritu. Sin duda, todo un enigma para Mafalda.

Bibliografía

Acosta, José de (1940), *Historia natural y moral de las Indias, [Estudio preliminar de Edmundo O’Gorman]*, México, Fondo de Cultura Económica.

Bataillon, Marcel y Edmundo O’Gorman (1955), *Dos concepciones de la tarea histórica*, México, Imprenta Universitaria.

O’Gorman, Edmundo (1977), *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*, México, Fondo de Cultura Económica.

Ravelo, Renato (1995), La Jornada, México, sábado 30 de septiembre, pp. 27-28.

EDMUNDO O'GORMAN *una voz de la historia*, de
Argelia del Carmen Montes Villalpando y
Miguel Ángel Flores Gutiérrez (coordinadores),
se terminó de imprimir en marzo de 2010,
en los talleres de Editorial CIGOME, S.A de
C.V. La edición consta de 1000 ejemplares.
Cuidado de la edición: Roberto Carlos Quezada
Carrillo, *Formación:* Mayra Flores Mercado.
Postada: Martha Eugenia Díaz Cuenca.

Editora responsable:
Blanca Aurora Mondragón Espinoza

